

C E R V A N T E S ,
U N H O M B R E Y U N A
É P O C A

J E A N C A S S O U

Ediciones **elaleph**.com

Editado por
elaleph.com

© 2000 Copyright www.elaleph.com
Todos los Derechos Reservados

I. EL IMPERIO ESPAÑOL

La conciencia vacila cuando se siente dueña de un espacio demasiado grande. El rey Felipe II de España, al subir a su trono, alarga los brazos y trata de abarcar los confines de sus diversos reinos, extendidos en un universo recientemente descubierto y asimilado: aquí, sus posesiones de Italia, allá su Condado y sus Países Bajos, y al otro lado de los océanos, las Indias prestigiosas. Espíritu prudente, abstracto, esencialmente administrativo, se retira al punto central del país, construye una célula gigantesca, y desde allí, a fuerza de balduque y papeleo, intenta cimentar este Imperio y asegurar su permanencia, imponerlo al mundo, al mundo entero, que se resiste. Se extraña de estas resistencias y de las peripecias que debe afrontar la voluntad cuando pretende gobernar fuerzas tan contradictorias.

Es preciso -dice dando a Antonio Pérez sus instrucciones en un momento trágico-; *es preciso que yo sea bien instruido sobre todo lo que es necesario, en vista de las intrigas del mundo y de sus negocios que me tienen en el espanto.*

El hombre no se siente ya a la medida de un universo tan vasto y complejo. Ignora cuál es su puesto en la vida y la ruta que le trazará el destino. Una extraña fuerza de proyección le arrastra desde su nacimiento, y así como el espacio tiene otras dimensiones, el tiempo conoce otras velocidades. Los astros no sabrían decir si tal recién nacido de España vivirá en el viejo continente, hará su carrera en Flandes o en el Virreinato de Nápoles, o será impulsado a correr su suerte a través de las Américas.

Es una cosa singular el sentirse solidario de un suelo que el Océano fragmenta, tener compañeros de camino cuyas suertes les llevarán aquí y allá, a increíbles distancias, y para quienes están abiertas o cerradas posibilidades tan lejanas. El hombre lleva consigo un perpetuo sentimiento de riesgo y de temor. Se ve perdido en inmensas latitudes. *La soledad*, que para españoles y portugueses significa a la vez

una situación real, un matiz de la vida interior y una expresión lírica, reviste entonces toda su intensidad¹.

Pero este sentimiento de soledad, de desequilibrio y de irresponsabilidad encuentra su contrapeso en un sentimiento de orgullo. El español es dueño del más grande Imperio que se ha visto, Imperio que domina al resto del planeta no sólo por las armas, sino por el gusto, el espíritu y un nivel cultural que no tiene parejo.

Cuando Antonio Pérez se refugia en la Corte de Enrique IV, deja embobados a aquellos pobres bárbaros por su lenguaje, por los perfumes de su delicada diplomacia, por su experiencia humana, por su cortesía artificial y profunda. Al mismo tiempo, este

¹ Los españoles dicen *soledad* y los portugueses *saudade*. Es especialmente entre estos últimos donde la *saudade* ha tomado el sentido subjetivo de incurable y deliciosa nostalgia, que corresponde al *spleen* de los ingleses y al *sehnsucht* de los alemanes. Es un hecho que América ha añadido a este sentimiento ricas y sutiles armonías. Existen entre la península y sus posesiones intercambios de temas románticos. El romanista alemán Karl Vossler ha observado que la palabra *soledad*, en su función toponomástica, es decir, cuando se utiliza para designar un lugar, una sierra, una vivienda aislada -como más tarde los *desiertos* de nuestros jansenistas-, ha sido empleada en América antes que en España (*Soledades en España y en América, Revista Cubana*, agosto-septiembre, 1935). La soledad trasplantada al Nuevo Continente encuentra nuevos motivos, nuevas coloraciones, nuevos aromas, refuerza su prestigio.

El último poema de Góngora, entregado por completo a la noción barroca del espacio, con los elementos desencadenados, tormentas, naufragios, y donde los azares de un frágil y vago argumento corresponden

irresistible Imperio español es el más odiado. Se soporta con impaciencia su supremacía. Y poco a poco, terribles enemigos, desde el papa Caraffa, que abomina de esta polilla española, "sangre de judíos y de moros" hasta la reina Isabel o el implacable Guillermo de Orange, van forjando la *leyenda negra*, acumulando en torno del Imperio un odio que todas las naciones protestantes atizarán sabiamente y al cual los filósofos del siglo de las luces darán su figura suprema.

Arrogante y aislado, el Imperio español, en el momento mismo de su cenit, sufre ya la injuria del declive. Ofrece el aspecto patético de las cosas destinadas irremediablemente a caer y cuya caída provoca una satisfacción apasionada.

plásticamente a los azares de la imaginación poética, lleva por título: *Las soledades*.

II. EL ORO Y LA PLATA

Las minas de oro y plata de Alemania y Austria se agotan, mientras Bartolomé de Medina, en Pachuca, inventa la amalgama y no deja de aumentar la producción de las minas de América, Zacatecas, Guanajuato y Potosí. El oro del Brasil se descubre más tarde. España es, pues, durante un siglo, la gran dispensadora de metales preciosos. Peligroso privilegio. El mito de Midas encierra profundas verdades económicas, y es posible morir de hambre cerca de una mina con las entrañas pródigas. "La mina lo da todo sin pedir cuentas", dice un desenfadado proverbio de los exploradores chilenos².

El primer efecto de estas torrenciales remesas de metal precioso, y sobre todo de plata, es elevar los

salarios y el costo de la vida. Alza que, naturalmente, se propaga a través de Francia y de Borgoña en las provincias que dependen de la Corona. Se produce una crisis del crédito y una serie de bancarrotas contra las cuales intentará Felipe II vanos esfuerzos para estabilizar la moneda³. No cesa de reclamar a las Cortes nuevos impuestos, y es sobre todo Castilla quien los soporta en todo este inmenso e inaccesible Imperio. Es Castilla, sobre todo, quien sufre y se devasta.

Por otra parte, el éxito de las minas americanas lleva consigo el abandono de las minas peninsulares. Desde 1574 no se explota el mercurio; se ha perdido incluso la ciencia y los métodos de explotación: las minas de Guadalcanal fueron destruidas a consecuencia de la incapacidad de los ingenieros que las dejaron inundarse. Felipe II, por otra parte, teme la depreciación de los metales de Indias⁴.

Las otras industrias nacionales declinan igualmente: la de la seda y la lana. Sin embargo, España había tenido durante la Edad Media industrias flore-

² P. Felipe Gómez de Vidaurre: *Historiadores chilenos*, páginas escogidas, París, Col. Ibero-Americana publicada por el Instituto Internacional de Cooperación Intelectual, 1930, pág. 121.

³ Hauser: *La prépondérance espagnole*, París, Alcan, 1933, pág. 200.

⁴ Oliveira Martins: *Historia da Civilização Ibérica* (1879), pág. 337.

cientes. La primera manufactura europea parece que fue creada en Játiva en el siglo XII. Y una de las primeras creaciones bancarias europeas fue la *Taula de cambi*, fundada en 1400 en Barcelona⁵.

Pero la política monárquica es funesta para las industrias del país. La *Mesta*, sociedad de ganaderos andaluces, poseía siete millones de ovejas al advenimiento de Felipe II y no tenía más que dos millones a la muerte de éste. La península se empobrece en provecho de las guerras lejanas y de la aventura; los oficios y las profesiones son abandonados. Esta decadencia no debe atribuirse exclusivamente a la expulsión de los judíos y los moriscos. Se ha pretendido, por ejemplo, que la ruina de los oficios en Sevilla fue debida a la marcha de los moriscos. Como ha observado Menéndez y Pelayo⁶, no hubo jamás moriscos en Sevilla y las fábricas estaban desiertas cincuenta años antes de la expulsión. Por lo demás, los moriscos eran muy buenos labradores, pero no se debe a ellos la irrigación de la provincia de Valencia. No hay, pues, que imaginarles como habiéndose llevado todo al genio industrial de España. Pero es cierto que su marcha coronó la obra de

⁵ Fedor Ganz: *Ensayo marxista de historia de España*, Madrid, Cenit, 1849, pág. 20.

despoblamiento de la península. Y que la autoridad frenéticamente centralizadora de Felipe II la precipitó. Este hizo lo imposible por mantener en una sola unidad aquel vasto y disperso Imperio, sin comprender que al tratar de reducirlo a un mismo cuerpo, a un mismo pensamiento, lo dejaba exhausto, y bien pronto, no tendría entre sus manos más que un cadáver.

Los moriscos se iban, pero los monjes se multiplicaban. El censo de 1570 declara 312.000 curas, 200.000 clérigos de órdenes menores y 400.000 monjes. En cambio, bajo el mismo reinado, la población total de España desciende de diez a ocho millones de almas. La nueva expulsión de los moriscos, ordenada por Felipe III, completa la ruina.

La unidad se ha logrado bien esta vez. El elocuente historiador portugués Oliveira Martins emite un juicio definitivo sobre este absolutismo mortalmente higiénico:

Como esos seres llenos de escrúpulos que, a fuerza de ver por todas partes casos de conciencia y ocasiones de pecar, van destruyendo gradualmente, una a una, todas las raíces de la vida moral hasta obtener la paz en las profundidades vacías e

⁶ *Historia de los Heterodoxos españoles*, Madrid, 1880-1882, t. II, pág. 634.

*idiotizadas de su cerebro, así España, ha ido apartando poco a poco de su lado todas las causas de pecado hasta verse en un estado de pureza que equivale al despoblamiento, a la ruina, a la calma y sosiego de los sepulcros*⁷.

El genio político se extenúa y agota tratando en vano de salvar un mundo que cae por su base. Bajo Felipe III las autoridades, como el pueblo, parecen resignarse ante la fatalidad que les arrastra: no hay más esperanza que la que brindan las soluciones extravagantes. El reino rebosa de arbitristas, consejeros e inventores de trucos financieros.

Alguien propone imponer un día de ayuno cada mes, a fin de que entre en las cajas de Su Majestad el importe del gasto en fruta, carne, pescado, vino, huevos y legumbres que hubiera sido hecho ese día⁸.

Corre el rumor de que un capitán ha descubierto, en el archipiélago de las Molucas, una isla en la que todo es oro: suelo y subsuelo⁹. Nuevas necesidades de oro nacen así de esta afluencia de metal precioso que corre por España sin enriquecerla. El que queda en la península es empleado en la compra

⁷ Oliveira Martins: *Obra cit.*, pág. 346.

⁸ Cervantes: "Coloquio de los perros", *Novelas ejemplares*, trad. de Jean Cassou París, la Pléiada, 1928, t. II, pág. 264-265.

⁹ Oliveira Martins: *Obra cit.*, pág. 336.

de objetos caros o sirve para decorar las tinieblas de las iglesias barrocas. Por otra parte, si la afluencia del oro se extiende hasta Francia, bien para la compra de mercancías, o para el pago de partidarios, es también sin provecho para Francia. La crisis es general. En todas partes se paraliza el resurgimiento económico de principios del siglo XVI. El crédito ha muerto, y Jean Bodin declara en 1568:

*La abundancia de oro y de plata ha encarecido todas las cosas diez veces más de lo que valían hace cien años*¹⁰.

Es sabido el papel que desempeñaron en las luchas religiosas de Francia los doblones y las pistolas del rey de España.

"Circularon más doblones bajo Enrique IV que menuda moneda de plata bajo Carlos IX", escribe Werner Sombart apoyándose en un testimonio de Brantome¹¹. Sin embargo, el reinado de Enrique IV restablecerá el equilibrio; Inglaterra quedará relativamente protegida contra el alza por su posición insular. Nace allí un nuevo resurgimiento capitalista, lo mismo que en Holanda. Agotada por su abundan-

¹⁰ Hauser: *Obra cit.*, pág. 198.

cia efímera de riquezas, lanzada fuera de esta nueva era económica, España entra irremediabilmente en la agonía.

¹¹ W. Sombart: *Der moderne Kapitalismus*, Munich y Leipzig. Duncker und Humboldt, 1924, t. I, pág. 531.

III. LA SOCIEDAD

La atracción de América, la monarquía centralizadora, la carestía de la plata, la imposibilidad de elevar la renta de la tierra, todas estas causas precipitan la ruina del feudalismo, abaten a la última clase que lo representa: la nobleza rural. El personaje más característico de estos nuevos tiempos es el hidalgo caído en la mendicidad.

El fisco sustituye al sistema de impuesto feudal, y las Audiencias y Consejos de Felipe II producen una burocracia rapaz y alborotadora. Cargos, favores, todo se compra y todo se vende. "Tratad de conseguir especies, muchas especies", dice la Gitanilla a un teniente¹², que sin duda no escucha este consejo. Pero no todo el mundo logra enriquecerse rápidamente, y en lo hondo de esta sociedad de ma-

¹² Cervantes: "La gitanilla". *Novelas ejemplares*, edc. citada, t. I, pág. 31.

gistrados y golillas se extiende un monstruoso pulular de personajes estériles tan astrosos como la turba que los envuelve: soldados con permiso o licenciados, siempre con paga escasa y pedigüeños; médicos charlatanes, estudiantes pringosos e hidalgos arruinados. El nacimiento del mundo moderno se manifiesta sobre el plano social por la proliferación del parasitismo.

Los duques, en cuya casa será alojado Don Quijote, pueden ofrecerle muy bien la ilusión de su existencia señorial, propicia a los encantamientos. Pero mirando de cerca, es fácil ver la grosera trama de este velo mágico. Y, como lo ha hecho observar Morel-Fatio¹³, las confidencias de la dueña permiten suponer que hay sórdidos secretos en medio de esta pompa.

¿No se queja ella a su dueño, "no una, sino cien veces", de que un labrador de la vecindad ha abusado de su hija y se niega a reparar el daño? Pero el duque se hace el sordo...

y la causa es que el padre del seductor es tan rico que, muy a menudo, le presta dinero y le sirven como fiador en sus

¹³ V. *L'Espagne de Don Quichotte*, Etudes sur l'Espagne, 1ra. serie, París, 1895.

*apuros, de suerte, que no quiere desagradarle en modo alguno ni causarle la más leve preocupación*¹⁴.

Mas, en contraste con estas miserias, la crisis económica sirve de marco y pone de relieve la potencia privilegiada de inmensas fortunas. Ciertamente, el feudalismo se ve acorralado, limitado y bloqueado más bien, pero no en provecho de una clase ascendente. Porque una vez aplastado el movimiento de los *Comuneros*, movimiento popular y nacional a la vez, especie de "jacquerie", sostenido en principio por la nobleza, que lo abandonó después, la monarquía no piensa más que en mantener desesperadamente los privilegios del pasado y sus castas.

De los tres caminos que conducen a la riqueza: *Iglesia, mar o Casa real*, el último, o sea el de los servicios de la Corte, no es el menos seguro. Mientras la Corte, con Carlos V, vencedor de los *Comuneros*, y después con Felipe II, defiende las instituciones feudales y se enriquece gracias a la venta de los cargos vitalicios o a las exacciones de la Inquisición (su fiel aliada si no su más provechoso órgano de gobierno)

¹⁴ *Don Quichotte*, II, XLVII, traducción francesa de C. Oudin y F. Rosset, texto revisado por Jean Cassou, París, Bibliothèque de la Pléiade, edc. N.

los grandes de España ven acrecentado su poderío por las confiscaciones de que son víctimas los moriscos. Los favoritos son elegidos entre estos grandes de España, los Lerma y los Olivares, quienes, a medida que el poder monárquico se va cretinizando, serán los dueños absolutos del reino.

Algunas ciudades, en medio del desierto de España, conocen una fantástica prosperidad material. En primer término, Sevilla, el puerto por el cual el oro del nuevo mundo es absorbido por el viejo. El lujo triunfa sobre la austeridad. La era patriarcal ha pasado. No es ya el tiempo en que, según un cronista de Felipe II,

...Las doncellas asisten a la continua preparación de su ajuar para el casamiento...

Ahora,

...las mujeres visten trajes y basquiñas de paño rizado y lana escarlata, y si hay algún vestido de terciopelo, sirve sucesivamente a la abuela, a la hija, y a la nieta¹⁵.

Hay un relajamiento de las costumbres, y Sevilla, la Babilonia del argot picaresco, ofrece de ello el mayor ejemplo.

R. F., 1934, pág. 717.

¹⁵ Cabrera de Córdoba: *Historia de Felipe II*, edc. de 1876, t. II, pág. 49-50.

Lo que place a las sevillanas escribe un moralista en 1599,

... es menos lo bello que lo raro y lo costoso. Es preciso que el paño venga de Flandes y el ámbar del otro extremo del mundo; el ámbar para perfumar el guante y la bolsa de piel. Incluso el calzado debe ser perfumado y brillante. Es preciso que todo sea nuevo, hecho de ayer, con el fin de usarlo hoy y tirarlo mañana. El gasto de los hombres se emplea en cosas provechosas y bienes reales; pero el de las mujeres es dinero tirado al aire, malgastado en volantes, en cintajos y bisutería. Un erudito no gasta tanto en sus libros como una dama en teñirse los cabellos de rubio¹⁶.

Pero otros observadores confiesan que los hombres no son menos frívolos:

De ellos está el mundo lleno: son muñecas, afeminados, frágiles, sin virtud ni naturaleza de hombres. Se arreglan y se pintan como mujeres, se hacen llevar en silla y se miran y componen ante el espejo; bien pronto se pondrán cofias y encajes y llevarán rucas a la cintura, porque están cansados de las espadas y el hablar de armas y de caballería no es para ellos otra cosa que quimeras y bagatelas...¹⁷.

¹⁶ Fr. de la Cerda: *Vida política de todos los estados de las mujeres* (1599), cit. por Rodríguez Marín, pág. 42.

¹⁷ Fr. Juan de los Angeles: *Lucha espiritual y amorosa entre Dios y el alma* (1602). V. R. Marín, obra citada, pág. 46.

Más preciso todavía, un satírico deplora ver Sevilla caída en la pederastia y

*...la juventud del suelo vándalo hundida en una incorregible sodomía*¹⁸.

El expresivo cervantista andaluz Rodríguez Marín ha trazado de la sociedad sevillana de aquel tiempo un cuadro de lo más completo en su sabia edición de *Rinconete y Cortadillo*¹⁹. Nos muestra las corrupciones de la justicia y la administración, los abusos de los acaparadores, de los cuales ha encontrado innumerables casos en las actas capitulares o de la ciudad, las exacciones de la Inquisición. Nos muestra cómo todos los desórdenes eran acrecidos por la discordia de los poderes: el arzobispo Rodrigo de Castro excomulga al Capítulo; la Inquisición, en 1598, con ocasión de los funerales de Felipe II, excomulga al regente de la Audiencia que ha rehusado quitar el paño negro de su banco. En esta época, las incursiones de los piratas ingleses y berberiscos asolan el litoral y humillan el poderío español. En fin,

¹⁸ *Sátira de Espinel contra las damas de Sevilla* (probablemente de 1578), publicada por Bonilla San Martín en la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, 1904, t. I, V. R. Marín, obr. cit., pág. 96.

¹⁹ *Rinconete y Cortadillo*, edición crítica por F. Rodríguez Marín, Madrid, 1920.

Sevilla es la capital, la Meca, la ciudad santa de los truhanes, los pillos, los mendigos, los tahures, los rufianes y las prostitutas. Todo es invadido por esta lepra contagiosa, y en la ciudad, a la vez suntuosa y canalla, se respira un aire especial en el que Santa Teresa cree ver algo así como el clima precursor del infierno. Cada vez que se encuentra allí se siente "pusilánime y floja". "Tanto -dice- que no me reconozco a mí misma"²⁰. El diablo es verdaderamente el dueño de la ciudad. En 1593 se baila la zarabanda en la procesión del Corpus. También se baila en los conventos, con todos sus movimientos de trasero y caderas; sus "meneos tan torpes", "tan groseros visajes", dice el P. Mariana, el gran historiador jesuita²¹.

Es preciso señalar, no solamente la existencia de esta clase de granujas y vagabundos, o *pícaros*, con su organización, su lenguaje y sus costumbres. Esta clase existía en toda Europa: son conocidos los *beggars* ingleses y, entre nosotros, las cortes de los milagros y el reinado de Coesre. Pero, como ha observado Marcel Bataillon, lo que caracteriza a España es

²⁰ Libro de las Fundaciones, XXV.

... *el contagio del vagabundaje en casi todo el cuerpo social*²².

La picaresca no es solamente un Estado dentro del Estado, que tiene sus leyes, su código del honor y habla su argot y su jerga, el caló de los gitanos o ese extraño dialecto basado sobre el mismo sistema que el *javanais* de nuestros apaches²³. La picaresca ha penetrado en las costumbres españolas; no es un cáncer que crece en una capa inferior de la sociedad. Es la sociedad misma. Ahora bien, la sociedad antigua ha sido destruida, pero no ha sido reemplazada. El espíritu feudal parece haber desaparecido en España, como en el resto de Europa, pero lo cierto es que alienta todavía en el caparazón carcomido de los privilegios monstruosos y de los prejuicios artificiales y apasionados. Y como quiera que, según vamos a ver, el comercio y la industria agonizan, no existe una burguesía joven que venga, como en el resto de Europa, a renovar un mundo cuyo destino es la pu-

²¹ Tratado contra los juegos públicos; XII, citado por Rodríguez Marín: El Loaysa de "El celoso extremeño", Sevilla, 1901, pág. 260.

²² *Le roman picaresque*, introducción, París, *La Renaissance du Livre*, 1931, pág. 14.

²³ Es la *jerigonza*, que se forma con inversiones de letras, contracción de sílabas, deformaciones, etc. Así, en Lope de Rueda:

trefacción. He aquí por qué la picaresca presenta en España este carácter general e integral. Se ha introducido en las maneras de pensar y de sentir; se ha identificado con el genio popular, con el carácter de la raza. Ha terminado por constituir una filosofía de la vida, una estética, una moral.

Yuta drame a roquido dotos los durbeles, en lugar de: Tuya madre ha corrido todos los burdeles.

IV. EL MERCANTILISMO TRIUNFA FUERA DE ESPAÑA

El orgullo español es dueño de la mitad del globo. Dos flotas, dos veces al año, escoltadas por barcos de guerra, van, una hacia la Nueva España, la otra hacia Tierra Firme, a buscar el oro que engullirá, sin nutrirse, el tesoro real. Por otra parte, los galeones de la *Armada real de la ruta de las Indias* zarpan en diversas fechas a través del océano, sin contar los *navíos matriculados* de la *Casa de Contratación*, empresa privada, y los navíos de guerra que llevan al virrey de México el mercurio destinado a las amalgamas²⁴. Pero todo este poderío se manifiesta como en un sueño. Las incursiones de los piratas y los negreros ingleses anuncian una realidad irrefutable. El año de 1588 estalla el desastre de la Invencible. En 1598

²⁴ Hauser: *Obra cit.*, pág. 160-161.

una flota anglo-holandesa saquea Cádiz. Es una buena ocasión para los poetas españoles, entre ellos Cervantes, de llenar de sarcasmos al fanfarrón almirante duque de Medina-Sidonia, eterno vencido.

Para asegurar el dominio de los mares, hubiera sido preciso que la monarquía, en lugar de obstinarse en empresas grandiosas, pero absurdas, o en conservar un sistema demasiado rígido, como el de las flotas, hubiese dejado en libertad la iniciativa de la nación permitiéndole convertirse en un gran pueblo marino. En vez de desarrollar la marina mercante de los catalanes y los cántabros, la Corona, o más bien los acreedores de ésta, defendían celosamente el privilegio de la *Casa de Contratación*. Esta,

...organismo poderoso y capaz de una actividad más útil y más vasta, fue subordinado a la política de una monarquía parasitaria que hacía cada vez el privilegio más estricto, hasta el punto de poner todo el comercio americano en manos de la oligarquía de una sola ciudad española, excluyendo así de los beneficios a la enorme mayoría del pueblo, con grave daño de la producción y del comercio marítimo²⁵.

²⁵ Carlos Pereyra: *La obra de España en América*, París, Société d'editions "Les Belles Lettres", 1925, pág. 220.

De este modo, continuaron inutilizados por la monarquía los enormes recursos de la población costera española, su vocación marítima, su madera de construcción y también

...la madera no menos excelente de Cuba, de Yucatán, de las costas del Pacífico, desde Chile a la Nueva España y el hierro de Vizcaya²⁶.

Habría que esperar a la mitad del siglo XVIII para que se establezca la libertad de comercio y se vean autorizados a comerciar como Sevilla, los puertos de Cádiz, Málaga, Barcelona, Cartagena, Santander, en fin, todos los grandes puertos españoles de hoy.

Ahora bien -declara el historiador mexicano Pereyra, que acabamos de citar- es evidente, por las ofertas que se hacían constantemente al rey, que a cambio de la libertad de comercio los armadores del País Vasco, de Santander y de Galicia, hubieran podido equipar una flota mercante capaz de hacer frente al enemigo y que, unidos a los armadores andaluces y catalanes, y sobre todo con el concurso de los arsenales ameri-

²⁶ *Ibid.*, pág. 221-222.

*canos, habrían logrado completamente arrojar a los bucaneros de las Indias*²⁷.

Lo que no supo hacer España, lo hizo Inglaterra gracias a sus piratas y a las libertades otorgadas al espíritu de empresa. Es en Inglaterra donde nacen las grandes compañías mercantiles y donde se dibuja una nueva figura del capitalismo. Grandes señores y mercaderes adquieren sus lotes de acciones en la *Eastland* o en la *East Company*, e incluso en la *Barbary Company*, pues el tráfico británico se extiende hasta los turbios mercados marroquíes. La sagaz reina Bess, que ya había contribuido secretamente con una participación de mil escudos, sacados de su caja personal, al financiamiento de las empresas del corsario Drake, pone en la *Levant Company* 40.000 libras esterlinas de metal arrebatado a los españoles²⁸. Estos pagan siempre los vidrios rotos. A sus expensas, nace y crece el capitalismo moderno en los países heréticos. Estos, Inglaterra y las Provincias Unidas, al mismo tiempo que explotan regiones lejanas y roen el Imperio de Felipe, no dejan de desarrollar las in-

²⁷ *Ibid.*, pág. 224.

²⁸ Hauser: *Obra cit.*, págs. 133 y 135.

dustrias nacionales y estimular el trabajo. Aniquilar la ociosidad, dice una memoria inglesa,

*...vale más que todo el oro del Perú y de todas las Indias occidentales*²⁹.

El economista Sombart ha mostrado en sus libros³⁰ cómo el puritanismo, reprobando las "obras" y no poniendo sino en el efecto exclusivo de la gracia la justificación del hombre, ha desarrollado el espíritu de empresa y las virtudes comerciales. Pero es sobre todo Max Weber quien ha analizado claramente las relaciones existentes entre el desarrollo del capitalismo y la ética protestante. Por una singular paradoja -la paradoja, dice un comentador de Weber³¹, de las consecuencias que desmienten la intención de los hombres-, la doctrina de la predestinación, en lugar de acobardar al hombre y apartarlo de todo esfuerzo terrenal, le liga a la tierra con más fuerza. No le queda, en efecto, más que realizarse en una existencia severa y cotidiana, de horizontes limitados y llevada con minuciosa y es-

²⁹ *Ibid.*, pág. 209.

³⁰ Véase especialmente *Le bourgeois*, París, Alcan, 1935, pág. 141.

³¹ Raymond Aron: *La Sociologie Allemande contemporaine*, París, Alcan, 1935, pág. 141.

tricta atención. Pero precisamente este género de moral acaba por desarrollar las cualidades de orden y rigor que constituyen, en sus principios, el espíritu capitalista.

En la Reforma, ni más ni menos que en la Contrarreforma, es preciso ver ante todo un retorno de la conciencia religiosa. Varía solamente el matiz nacional. Pero la Reforma es, en primer término, un fenómeno religioso y regresivo: es, contra el humanismo y el paganismo del Renacimiento, una vuelta al hecho religioso neto, al escándalo de la fe y del pecado. El alma, turbada, siente a menudo el hambre y encuentra el fulgurante sabor de Dios. Es posible, ante ciertas consecuencias de la Reforma, contar a Lutero entre los emancipadores del pensamiento; pero no puede hacerse sino pensando en la utilización de algún punto de su doctrina, como la idea del libre examen, o en ciertas incidencias de su actuación personal. Ante todo, el hombre rebasa al tipo religioso. Es un místico, un hombre de fe, de sinrazón y des-esperanza. Pero precisamente por la interferencia de las causas, la predestinación, el divorcio del alma y de Dios, la maldición lanzada sobre todo lo que es simplemente humano, todos estos temas esencialmente irracionales y trascen-

dentales, acaban por acomodarse a condiciones económicas nuevas, plegándose a ellas hasta el punto de constituir su justificación ideológica.

Y así, en los países del norte, entre las poblaciones laboriosas de Alemania, Inglaterra, Escocia y las Provincias Unidas, el capital y el protestantismo se ponen de acuerdo para racionalizar la existencia y producir, en fin de cuentas, sólidos frutos.

V. EL HEROÍSMO

Por lo que se refiere a la Contrarreforma, es decir, la orientación tomada por el renacimiento religioso en los países del Mediodía, son sabidas las exaltaciones a que llegó, expresadas en la obra de los escritores místicos y en las formas del arte barroco. Por el contrario, el concilio de Trento, proclamando una cierta inmanencia de Dios en las cosas humanas y un justo atemperarse entre los efectos soberanos de la gracia y las obras del hombre, preconiza una tendencia claramente humanista. Esta solución es un noble triunfo del genio español.

Desgraciadamente, las obras que se tienen en cuenta son especialmente obras de devoción y contemplación. Y el poder que el humanismo tridentino reservaba a la diligencia, a la libertad, a la voluntad humanas, no llega a ser en España más que un acti-

vismo vacío y estéril. Es que las ideas no realizan ninguna creación *ex-nihilo*. No obran más que encarnándose en realidades ya preparadas, se inclinan a esas realidades y se transforman según esas realidades. Una suerte de acción era ofrecida al alma española. Pero faltaba la materia. Así como la fe desesperada del luterano ha podido transformarse en pequeñas virtudes prácticas, concretas y utilitarias, así, por el contrario, la libertad predicada a los gloriosos y miserables españoles no podía servirles de nada, a causa de las condiciones económicas en que se encontraban, sino para justificar esas mismas condiciones, es decir, para sublimizar estas dos necesidades, convertidas en virtudes: pereza y pobreza.

Esta libertad, esta exaltación de la voluntad penetran en el dominio del espíritu y condenan a los españoles a la conquista de los reinos quiméricos. Se debe seguramente a los españoles del Siglo de Oro la invención de ese extraño modo de actividad que se llama el heroísmo. Incluso, para sistematizar con más firmeza este modo de actividad, para hacerlo más claro y más leve, para mantenerlo en su definición y en su esencia, llegan a sostener principios que afirman con su temperamento. Así Loyola impone la obediencia a su milicia guerrera; pero los españoles,

si bien se reconocen en el heroísmo insensato del fundador, no se reconocen en cambio en la disciplina impuesta a sus huestes y se consideran con derecho a declarar que, si San Ignacio es un español típico, la Compañía de Jesús, en sus métodos y su política, no es más que un fenómeno europeo. Española en sus orígenes, no representa ya, en su desarrollo político, sino uno de los aspectos del imperialismo ultramontano.

En una España incapaz de defender y sostener la realidad de sus posesiones, el absurdo recobra pronto sus derechos. El libre albedrío y la justificación por las obras hubieran podido convertirse en doctrinas favorables a una vida terrenal activa, laboriosa y realmente eficaz. Los españoles no aplican esas doctrinas más que a sus inquietudes metafísicas. El único problema para ellos es el de la salvación del alma. De este modo, la devoción de la cruz, en el drama de Calderón que lleva este título, salvará al fin de su vida, gracias a un milagroso imprevisto, al peor de los bandidos. Y un arbitrio pueril, basado en la idea de la reversibilidad de los méritos, rescata al rufián dichoso de Cervantes. Erasmo, como si hubiera previsto la vulgarización de toda esta teología extravagante, se burla donosamente de ella en su

Coloquio XI, *De la manera de morir mundana y de la manera católica*. Finalmente, los moralistas españoles, dejando tantas posibilidades de salvación a los más endurecidos pecadores, llegan a un inmoralismo en que surge de nuevo el desprecio hacia toda acción terrena. Esta actitud, forzosamente, carece de eficacia material y práctica. Y para colmo, añaden estos espíritus bizarros y desdeñosos, está igualmente desprovista de todo valor moral. Una oración a la virgen lo encierra todo.

El español católico gasta, pues, su libertad en acciones tanto más puras si escapan a todo juicio, a toda verificación real y se muestran locas y gratuitas. O bien en el detalle de una pequeña devoción mágica e imaginada. Incluso la fortuna material hay que buscarla por los caminos de la aventura y en los reinos de ultramar, que es preciso ir a conquistar. Todo lo que es trabajo mecánico resulta despreciable, así como lo que es negocio con ventajas inmediatas. La tierra española se agota y se complace en su agotamiento: no hay un solo artículo de la *philosophia hispánica* en que no se advierta esta fatal y soberbia complacencia.

VI. LA ESPAÑA NEGRA

La leyenda negra, a la cual ya hemos hecho alusión, ha contribuido a formar de España una idea simplista y grosera.

Especialmente Voltaire y los volterianos han cristalizado en la España de la Inquisición todo lo que a su juicio y en su lenguaje representaba lo infame. Les ha ocurrido con frecuencia, al analizar querellas nacionales, de las cuales a causa de las metamorfosis y los vaivenes de la historia, no comprendían ya el sentido, olvidar que, en no pocos casos, ha sido Francia quien desempeñaba el papel de la superstición, del fanatismo y la reacción, mientras España, por el contrario, defendía el pensamiento audaz y subversivo.

Así ocurrió en la polémica de las *Provinciales* en que es el francés Pascal quien defiende la moral rígi-

da y la pasión religiosa mientras los casuistas preconizan el espíritu de controversia, de curiosidad psicológica, de indulgencia humana, de vida, en fin. Pero los casuistas eran españoles, es decir, los enemigos hereditarios, y por añadidura jesuitas, o sea los representantes por definición de las fuerzas del pasado.

Hay provinciales con las que no ocurre lo mismo que con la mayor parte de los antiguos libros célebres. Se les admira por un exceso de confianza y nos deleitan por abandono.

Así se expresa Remy de Gourmont que, por lo que se refiere a este asunto, ha puesto las cosas en claro³². El diálogo, por otra parte, no se ha limitado a esto. El 8 de junio de 1610, el libro del P. Mariana sobre la monarquía es quemado en París por la mano del verdugo. Esta obra, *De rege et regis institutione*, declaraba que

...la dignidad real tiene su origen en la voluntad de la República,

³² *Le chemin de velours*, París, "Mercure de France", 1902, página 143.

examinaba la cuestión de saber cuál es el mejor método para matar a los tiranos y aconsejaba con un fervor particular el envenenamiento. No hacía falta más para que la Francia monárquica viese en el asesinato de Enrique IV lo que nosotros llamaríamos hoy la mano de España o el ojo de Madrid, y para que el libro de este jesuita fuese condenado por el Parlamento de París. Uno de sus compañeros reinició algunos años más tarde y fue condenado igualmente: el santo y sabio hombre Suárez, tan indignamente befado por Pascal, y cuya obra *Defensio Fidei* se opone violentamente a la teoría de la autoridad espiritual de los reyes proferida por el heresiarca Jacobo I de Inglaterra. Para el P. Suárez, como para el P. Mariana, la autoridad civil no provenía de Dios sino por mediación del pueblo. Opinión que no podía por menos de parecer escandalosa a la tribu que, en este mismo siglo, debía inventar la teoría del derecho divino e identificar a su jefe con el dios Sol. Pero ya a comienzos del siglo XVI, Fray Alonso de Castrillo, trinitario, había escrito en su *Tratado de República* que

...todos los hombres nacen iguales y libres; nadie tiene derecho de mandar sobre otro y todas las cosas del mundo, por

justicia natural, son comunes, siendo la violación de la ley natural y la institución de los patrimonios privados el origen de todos los males.

"Pecataros -decía en la misma época Juan de Valdés, en su *Diálogo de Mercurio y Caronte*- de que hay un pacto entre el príncipe y el pueblo y de que si tú no haces lo que debes con tus semejantes, éstos no están obligados a cumplir su deber contigo". El humanista sevillano Fox Morcillo escribía que

...entre todas las formas de gobierno, los pueblos más civilizados prefieren la forma democrática.

Y si los napolitanos soportaban con impaciencia el yugo de los españoles, ello se debía en gran parte al espíritu democrático con que éstos ejercían la justicia. Un embajador italiano escribía con indignación:

La justicia es administrada en este reino sin distinción alguna entre los nobles y los vagabundos. En la vida política, la justicia distributiva quiere ser reglada con una proporción geométrica, es decir, según la calidad de las personas, porque de otro modo no es justicia... Pero estos ministros no tienen

más que un peso y una medida para los méritos y los deméritos, los favores y los agravios de los nobles y los vagabundos, sin tomar en consideración la diversidad que la naturaleza y la fortuna han puesto entre éstos y aquellos y el hecho de que no pueden cambiarse la naturaleza y las costumbres del mundo entero.

No falta razón a los españoles, y en particular al historiador y sociólogo Julián Judería³³, que han protestado contra el reproche de oscurantismo lanzado tan a menudo contra la cultura española. Conviene añadir, para ser justos y exactos, esta leyenda negra es también, en gran parte, obra de los españoles liberales. Debemos ver en ello un mito creado por razones de polémica y muy representativo de esos movimientos centrífugos de *desfilipización* que, según el ensayista portugués Fidelino de Figueiredo³⁴, suceden a las reacciones centralizadoras y *filipizantes* de España. También conviene señalar, para enfocar con justicia los hechos y no caer en posición de polémica, que España -y esto sigue siendo casi ignorado en el extranjero- tomó parte con largueza, desde los comienzos del Renacimiento, en este mo-

³³ *La Leyenda negra*, 2 edición, Barcelona, 1917.

³⁴ *As duas Hespanhas*, Lisboa, Ed. da Academia das Ciencias, 1932.

vimiento de emancipación y de humanismo. Es un hecho sobre el cual debemos insistir y que, por su parte, los eruditos españoles no cesan de estudiar y esclarecer constantemente, desde la aparición de la obra monumental que el ilustre sabio reaccionario y tradicionalista del siglo XIX, don Marcelino Menéndez y Pelayo, consagró a la historia de los heterodoxos españoles.

VII. EL RENACIMIENTO

Es de esta obra, precisamente, de donde tomamos el siguiente juicio sobre el éxito que alcanzó en España el hombre que, más que ningún otro, simboliza el humanismo renacentista, el príncipe, el héroe del Renacimiento, Erasmo:

Seguramente -escribe Menéndez y Pelayo- en ningún reino de la cristiandad tuvo el humanista de Rotherdam tantos amigos ni tan gran valor como entre nosotros³⁵.

Uno de sus admiradores, Maldonado, le escribía desde Burgos el 1º de septiembre de 1526: *Regnas utique, Rotterdame, in scholis nostris...* De las escuelas, se extiende su reinado a un público más extenso cuando el *Elogio de la locura*, aparecido en 1511, fue tradu-

³⁵ Historia de los Heterodoxos españoles, t. II, pág. 61.

cido al italiano y al castellano, hacia el año de 1539, pues se conoce un ejemplar italiano de esta fecha. Y este éxito fue tan fervoroso y potente que incluso la Inquisición llegó a prohibir que se escribiera contra Erasmo. Más tarde debía cambiar de opinión.

Entre tanto, España se embriaga con este pensamiento que preside la reconquista del mundo. Este, en lo sucesivo, pertenece al hombre, quien no se encuentra ya a gusto en el plano de relaciones creado por la revelación. Plano gratuito concedido por Dios a uno y a otro, en que el hombre, dueño provisional, debe un día retornar a una patria más cierta. Ahora es por su propio impulso cómo la conciencia humana se separa del mundo, lo mide y lo juzga, sin que, en la jerarquía de las causas, esté segura de sentir más allá de sí misma ningún regulador soberano. Es en el mundo mismo donde está la ley, y es preciso encontrarla. El mundo: un objeto, un espectáculo. Y un espectáculo extraño y confuso que obliga a la abstención y al escepticismo. Las opiniones y las costumbres son relativas. Si la razón puede restablecer un orden, si puede descubrir la ley secreta del mundo, es en la unidad del hombre y de la naturaleza donde la descubrirá. Porque la naturaleza es grande y profunda; los proverbios populares destilan

una sabiduría que, a menudo, pueden avergonzar a las instituciones más reverenciadas. Existe aún una ocasión de sonreír. Tales son algunos de los motivos que impulsan a Erasmo a replegarse dentro de sí mismo y a contemplar, sin tomar parte en ella, la irónica variación de las cosas, como más tarde Montaigne se atrincherará en su librería.

Pero la ironía no turba siempre a los grandes espíritus que descubren la naturaleza y se convierten en sus más entusiastas caballeros. Un don maravilloso les ha sido concedido a éstos,

...un buen oído para percibir lo que dice la naturaleza y lo que enseña con sus obras.

Uno de estos privilegiados, de quien copiamos las siguientes palabras, es el gran médico Huarte, cuyo *Examen de Ingenios* fue una de las obras más célebres y más leídas del humanismo español. Exalta la realidad experimental en términos de un vigor muy característico de su raza:

El filósofo natural que piensa que una proposición es verdadera porque Aristóteles la ha dicho verdadera y sin buscar otra razón, carece de entendimiento (INGENIO), porque

*la verdad no está en la boca del que afirma sino en la cosa de que se trata, la cual está allí, gritando y llamando al hombre para mostrarle el ser que naturaleza le ha dado y el fin para que ha sido ordenada*³⁶.

Atacado por los naturalistas, el sistema escolástico y aristotélico, íntimamente mezclado al sistema jerárquico cristiano, no es menos atacado por otros innovadores: los platónicos. Iluminado por el descubrimiento de las obras de Platón, el espíritu se arroga grandes poderes, ante todo, el de ornar la existencia, hacerla bella, cortés y amorosa; después aproximarla, por grados armoniosos, a la belleza ideal de donde surgen todas las formas. El alma, entonces, alcanza el éxtasis. Magníficos y dignos de alabanza son los tiempos en que semejantes cosas han sido concebidas y sentidas.

La vejez puede añorar el pasado; pero este tema de retórica ya no está en boga y Baltasar Castiglione se permite el lujo de hacer la apología del presente³⁷. Su libro aparece en el año 1534, traducido al español por el poeta italianizante Boscan, y obtiene un éxito

³⁶ Examen de Ingenios para las Ciencias, I, (1575). V. t. LXV de la Biblioteca Rivadeneyra, pág. 410.

³⁷ *II Cortegiano*, pról. de la segunda parte.

triumfal del que participa el tratado de erotismo platónico de León Hebreo³⁸.

Escepticismo, naturismo, idealismo: estas tres influencias se ejercen sobre toda la España humanista. Esta no escapa tampoco a la influencia del protestantismo. Este florecimiento de la pasión religiosa y todas las reivindicaciones que provoca toman en la España vulgar la forma del iluminismo, al borde del cual resbalan, en constante choque con las suspicacias o los rigores de la Inquisición, los grandes doctores, los grandes santos del misticismo: Teresa de Avila, Juan de la Cruz, Luis de León. Si el concilio de Trento, más tarde, opta por la acción, el fatalismo, el quietismo, no forman menos, con su ardiente pereza oriental, uno de los elementos fundamentales del genio español. Triunfan con Molinos. En las clases populares, en España como en el resto de Europa, entre los huertanos catalanes y valencianos como entre los anabaptistas renanos, el iluminismo arrastra al vagabundaje y a la libertad sexual; responde a oscuros y violentos impulsos. Pan

³⁸ *Los Dialoghi d'Amore*, del judío español Judas Abrabanel, llamado también León Hebreo, están, en la primera versión que conocemos y que asegura su éxito, escritos en un italiano bastante rudo, mezclado de hispanismos. No fueron traducidos al español sino en la segunda mitad del siglo XVI. La más famosa de estas traducciones es la de Garcilaso (1590).

surge así en la historia de vez en cuando. Particularmente en el semitismo español hay un materialismo latente, un teísmo secreto que, en su más sublime expresión, florecen en Spinoza, judío español.

Entre los espíritus aristocráticos de la sociedad española renacentista, el protestantismo produjo preciosas especulaciones. Uno de los más ilustres mantenedores de la herejía fue el primado de las Españas, cardenal de Toledo, don Bartolomé Carranza de Miranda, cuyo arresto, proceso y desventuras constituyen uno de los episodios más trágicos y resonantes de la historia de España. El filósofo Juan Luis Vives, por muy partidario de Erasmo que fuese, no se separa nunca de la ortodoxia, como tampoco Alfonso de Valdés, pero sí su hermano Juan, el más ilustre de los dos, que propaga el luteranismo en Italia, y, en una ciudad de Chiaja, cerca del monte Pausilipo, junto a uno de los más bellos paisajes del mundo y bajo las miradas de la famosa Vittoria Colonna, marquesa de Pescara e ídolo de Miguel Ángel, se convierte en el alma de un pequeño grupo de galantes heréticos. Es indudable, por lo demás, que los poemas místicos de Vittoria Colonna están salpicados de valdesismo. Otra gran figura de la heterodoxia española es Miguel Servet, "especie de caballero

errante de la teología", como le llama Menéndez Pelayo³⁹, que aporta, en efecto, a la ilustración de sus doctrinas una pasión magnífica. *Inquietus est et magna moliens Hispanorum animus*, proclamaba. Es sabido cómo Calvino redujo a cenizas este gran ardor.

Los calvinistas pueden consolarse de haber cometido este crimen pensando que si Servet no hubiera sido quemado vivo en Ginebra lo habría sido en su propia patria. Pues la persecución fue allí implacable y no respetó a nadie. Felipe II inauguró su reinado en 1559 con los dos grandes autos de fe de Valladolid. A partir de este momento entramos en plena reacción tridentina. El *Index* de 1559 del papa Paulo IV descarga sombríos golpes en la literatura religiosa y en la profana. El mismo papa y también Pío V han soñado con destruir las figuras de la capilla Sixtina. La epopeya jesuítica alcanza su apogeo. La austeridad triunfa en Baviera y en Austria, y la Roma de Carlos Borromeo no tiene nada que envidiar a la Ginebra de Calvino. Ciertamente, el estilo barroco ofrecerá al alma oprimida la exultación de un lirismo voluptuoso, pero este lirismo surge, en principio, del fondo de los catafalcos. Una pompa negra no glorifica sino a la muerte, y la imaginación

³⁹ *Obra cit.*, II, pág. 266.

no se ejerce más que en las alegorías teológicas. Se trata de extirpar *radicitus* el mal. Y es sabido el celo que Felipe II puso en esta obra santa. Sus sucesores no fueron menos celosos, y el Santo Oficio adquirió una reputación de horror que linda con la grandeza del mito.

*En cuanto se oyen estos nombres: INQUISIDOR e INQUISICION, todos y cada cual se ponen a temblar más que las hojas del árbol mecidas por un dulce céfiro*⁴⁰.

Queda el recurso de la hipocresía. El herético portugués Damián de Goes se encuentra en Italia con el jesuita Simón Rodríguez, que le pregunta:

-¿Y qué harías si volvieras a Portugal?

*-Diría misa -responde el otro-, y me confesaría como los demás; pero guardaría en mi fuero interno la doctrina que profeso*⁴¹.

El pensamiento de los siglos XVI y XVII se disimula. Es siempre ambiguo. Es preciso ver cons-

⁴⁰ J. de Luna: Segunda parte del *lazarillo de Tormes* (1620).

⁴¹ Menéndez Pelayo: *obra cit.*, t. II, pág. 140.

tantemente en lo que dice una cosa distinta de lo que dice.

VIII. COLECTIVISMO AGRARIO

No será inútil, para completar esta visión somera de algunos aspectos del Renacimiento español, indicar aquí ciertas teorías sociales cuya audacia no dejará de extrañar a quienes sólo ven a España en su traza negra. Un ilustre representante de la otra España, un precursor de la España moderna, el sociólogo Joaquín Costa, el hombre que habló de "cerrar con doble vuelta el sepulcro del Cid", o sea dejar en el olvido las locuras heroicas y afrontar resueltamente un duro y real porvenir, encontró en ciertos autores del Renacimiento las fuentes de una tradición comunista española que, tanto en las doctrinas como en los hechos, aparece singularmente viva⁴². Así nos muestra cómo Juan Luis Vives, en su obra

⁴² *Colectivismo agrario en España* (1898). *Obras Completas*, Madrid, "Biblioteca Costa", 1915, vol. V

De Subventione Pauperum, publicada en Brujas, donde vivía, en 1526, hace la apología de la comunidad de los bienes.

Es cierto que nos apropiamos por nuestra malignidad de aquello que la naturaleza liberal hizo común; lo que ella puso a la vista y a la disposición de todos, nosotros lo cerramos y lo defendemos contra otro por medio de puertas, muros, cerraduras, hierro, armas y, en fin, por las leyes; y así nuestra avaricia y nuestra malignidad han introducido hambre y carestía en la abundancia de la naturaleza y pobreza en las riquezas de Dios⁴³.

Se ha considerado como uno de los aspectos curiosos de las ideas de Vives aquellas que tienden a la secularización de la caridad y la beneficencia. Estas ideas fueron aplicadas en 1525 por los magistrados de Ipres, y con ello nació toda una literatura polémica. Desgraciadamente la revuelta de los anabaptistas espantó a Vives, como a tantos otros reformadores y humanistas, y en su tratado *De communione rerum, ad Germanos inferiores*, Vives descarga sobre esta rebelión comunista anatemas no menos violentos, no menos ciegamente injuriosos que los de Lutero. Ante el furor de las masas hambrien-

⁴³ *Colectivismo Agrario en España*, pág. 36.

tas el pensamiento, por libre que se crea, se retira temblando a su redil.

Joaquín Costa descubre también curiosas admoniciones en la obra *De rege et regis institutione*, del P. Mariana, en la que éste

...hace una crítica severa y valiente del estado social de su tiempo y traza las líneas generales de una sociología que no carece de originalidad y que, con justo título, reclama un lugar en la historia de las doctrinas relativas a la propiedad territorial⁴⁴.

Mariana hace también de la propiedad colectiva de las riquezas, y en particular de la tierra, el régimen primitivo de la humanidad. Condena la propiedad privada y propugna una nueva distribución de los bienes con todo un plan de socialismo de Estado. No menos interesantes son los proyectos de Pedro de Valencia y de Lope de Deza. Pero lo que confiere a esta escuela de economistas un carácter concreto, y en modo alguno utópico, es el apoyo que puede encontraren las diversas formas de propiedad colectiva que han existido siempre en España y algunas de las cuales se aproximan al sistema ruso del *mir*.

Por otra parte, los conquistadores españoles cayeron en el Perú sobre un régimen comunista, que

⁴⁴ *Colectivismo Agrario en España*, pág. 59.

no les extrañó en absoluto, y en el cual, por el contrario, no dudaron en inspirarse ciertos juristas, según se desprende del informe dirigido por el corregidor de Cuzco, Polo de Ondegardo, al conde de Nieva, virrey del Perú, bajo el reinado de Felipe II, en 1561⁴⁵.

Estas indicaciones bastan para sugerir la imagen de un Renacimiento español ágil, complejo, rico en curiosidades de todo género y preocupado por todos los problemas económicos y morales que agitaban al Imperio español, a despecho del celoso control ejercido por la centralización *filipizante*. Es preciso incluso reconocer que ésta, en ocasiones, utilizando fuerzas específicamente nacionales tomaba consejo de las tradiciones, de las tendencias, de las costumbres profundamente españolas y que, sin embargo, no iban siempre forzosamente hacia atrás.

⁴⁵ J. Costa: *Obra citada*, págs. 65 y siguientes.

IX. VIDA DE CERVANTES

Miguel de Cervantes nace en 1547 y muere en 1616. Contaba ocho años cuando Carlos Quinto abdicó su Imperio Conoció el reinado de Felipe II y la mitad del de Felipe III. Producto del Renacimiento, llena la parte más hermosa del Siglo de Oro, o en el cual puede situarse cronológicamente un poco después de Santa Teresa y San Juan de la Cruz, que pertenecen enteramente al siglo XVI, y es exactamente contemporáneo del Greco y de Lope de Vega, antes de Quevedo, Gracián, Velázquez, Calderón y Murillo, que representan el período de decadencia, la exasperación del conceptismo, del realismo, del sarcasmo y, a veces incluso, una rigidez regresiva de los sentimientos y las fórmulas.

En este universo nuevo, en este espacio engrandecido en que se rompe el rígido sistema de la Edad

Media, Cervantes conoce esa existencia descentrada, errante, que es común a tantas personalidades de este amanecer de los tiempos modernos: Colón, Camoens, Lope, el Greco. Del mismo modo, los humanistas del Renacimiento fueron viajeros incapaces de considerar sus estancias como otra cosa que refugios provisionales. "Caballero errante de la teología", había llamado Menéndez Pelayo a Miguel Servet. Y Bonilla San Martín llama "caballeros errantes de las letras"⁴⁶ a esos astros vagabundos: Erasmo, Vives, Tomás Moro, el cretense Demetrius Ducas, quien recorriendo las mismas etapas que el Greco formó parte, en Venecia, de la Academia platónica de Aldo Manucio y más tarde fue llamado a España por el cardenal Jiménez de Cisneros para enseñar en la Universidad de Alcalá de Henares y colaborar en la famosa *Biblia Poliglota* en compañía de Nebrija, del toledano Hernán Núñez, llamado *El Pinciano*, y de helenistas y hebraizantes convertidos. Estas diversas peregrinaciones, estos intercambios son un primer paso -y el europeo pacifista Juan Luis Vives lo testimonia en toda su obra- hacia la formación de una Europa intelectual que subsistirá por encima de los príncipes y los pueblos, figura ideal

⁴⁶ *Luis Vives y la Filosofía del Renacimiento*, Madrid, 1903.

que no ha dejado de impresionar, hasta nuestros días, a las imaginaciones generosas.

Es en el centro mismo de la Castilla central y centralizadora donde comienza la odisea de Cervantes: el 9 de octubre de 1547 fue bautizado en la iglesia de Santa María la Mayor, de Alcalá de Henares. Era el cuarto de siete hijos de un médico cirujano, hijo a su vez de un licenciado que había ejercido cargos judiciales en diversas capitales de provincias. Modestos y mediocres orígenes. La familia se trasladó a Valladolid, después a Madrid, más tarde a Sevilla, de nuevo a Madrid. Se sabe que en esta última ciudad estudia con un buen hombre llamado Juan López de Hoyos, bajo cuya dirección compone algunos versos, particularmente con motivo de los funerales de la reina Isabel de Valois. A fines de 1569 se halla en Roma, en casa del cardenal Acquaviva. Este contacto con la Italia humanista autoriza ciertas conclusiones sobre la formación de su espíritu y su cultura. Después es soldado, y el 7 de octubre de 1571, en compañía de Diego de Urbina, del regimiento de Moncada, toma parte en la batalla naval de Lepanto, donde pierde la mano izquierda "para gloria de la derecha". Es su gran día, como fue el gran día de la cristiandad y de la España cristiana.

Día sin mañana para la cristiandad, como para España, y para Cervantes mismo. Victoria resonante, victoria pomposa y decorativa en la que se exalta la figura del paladín Don Juan de Austria y que significa la unión del Mediterráneo cristiano reconciliado por una causa santa. Sin que esto haya traído nada efectivo. Porque las naciones cristianas, en realidad, no buscaban más que devorarse. La política convierte la batalla de Lepanto en una epopeya.

Y la media luna continúa luciendo en el azul heráldico del cielo. Cervantes, glorioso, pero mutilado, pasa el invierno en el hospital de Messina, vuelve al servicio activo, toma parte en nuevos combates. Cuando regresa a España para solicitar el grado de capitán, llevando consigo solemnes y ampulosas cartas de recomendación de Don Juan de Austria y del virrey de Sicilia, duque de Sessa, la galera en que viaja es atacada por los piratas berberiscos. Y helo aquí cautivo en Argel durante cinco años. De nuevo su memoria se impregna de imágenes heroicas y novelescas. Las cartas de que iba provisto le presentan como un príncipe distinguido, cuando no es en realidad más que un pobre hombre cualquiera. Este triste equívoco aumenta su mala fortuna, pero también le pone en el caso de poder hacer figura noble y

mostrar su corazón valiente. Esclavo del renegado griego Ali-Mami organiza complots, planea su evasión, es rescatado por Hassan-Pachá, rey de Argel, y encerrado en un calabozo. Dirige al ministro Mateo Vázquez una epístola en verso en la que predica la santa cruzada. Llama a la patria en su ayuda. Numerosos complots, frustrados por la traición de un presbítero, pero ayudados al parecer, si hay que creer sus comedias y sus novelas, por la turbia y secreta simpatía de algunas bellas moriscas, le muestran dispuesto sin desfallecimiento a la lucha y la liberación, animando a sus compañeros con su inquebrantable fe y rehusando denunciarles cuando es descubierto y echa sobre sí toda la responsabilidad. Mientras tanto, en España, sus pobres familiares tratan de lograr favor para él. Acaban por reunir la suma exigida para el rescate. Los padres trinitarios negocian el asunto, y gracias a su diligencia, Cervantes vuelve a su país el 19 de septiembre de 1580. Aquí se detiene el período épico de su carrera. No es ya más que un soldado rescatado, vencido, inválido, pedigüeño. Vuelve al servicio del rey, estrena algunas comedias, publica "*La Galatea*", se casa en la ciudad de Esquivias, cerca de Madrid, con Catalina de Palacios Salazar y Vozmediana, quien aporta al matrimonio una pequeña

dote, mientras que, en el mismo año, le nace una hija, Isabel de Saavedra, que tuvo con otra mujer, Ana Franca de Rojas. En 1585 se encuentra en Sevilla viviendo de tráficos indefinibles.

Una nueva y loca empresa ocupa entonces a España: el equipo de la *Armada Invencible*. Era al mismo tiempo un gran negocio, abundante en provechos. Cervantes obtiene el cargo de comisario de abastecimientos y anda por las ciudades de Andalucía requirando el aceite y el trigo. Este oficio no se ejerce sin querellas y pleitos: así choca con la Inquisición, que le excomulga, por haber requisado unos forrajes pertenecientes a la Iglesia. Vive casi siempre en Sevilla y debe, para completar su tratamiento y subvenir a las necesidades de la existencia, ayudarse con pequeños expedientes. En 1590 solicita entrar al servicio de las Indias, "común refugio de los pobres de espíritu"⁴⁷, pero su demanda no es atendida. Entre tanto conserva sus actividades, con las cuales va tirando mal que bien, y como se descubren irregularidades en sus cuentas, es encarcelado en Castro del Río. En 1594 actúa como recaudador de contribuciones, todavía en Andalucía. Estos empleos son despreciables y poco gratos al público: él mismo lo

⁴⁷ Cervantes: *La española inglesa*, ed. cit., pág. 191.

reconoce en sus *Novelas ejemplares*. Nuevamente en quiebra, es condenado en Sevilla a tres meses de cárcel; vuelve a comenzar sus litigios con el fisco, que mete la nariz en sus registros y le pone a la sombra una vez más. Después es enviado a Valladolid para que ponga en claro de una vez su contabilidad. La corte reside entonces allí. Y allí, en una calle de barriada, vive Cervantes su existencia sórdida y laboriosa, con toda la familia que arrastra: sus dos hermanas Andrea y Magdalena, su hija natural Isabel, su sobrina Constanza, hija de Andrea. Parece ser que su esposa permaneció en Esquivias. Su hermano Rodrigo, el oficial, que había compartido con él el cautiverio de África, fue muerto en Flandes.

En septiembre de 1604 Cervantes obtuvo el privilegio correspondiente para imprimir la primera parte de Don Quijote. El libro apareció en Madrid, en 1605. Cervantes tenía entonces cincuenta y siete años.

Algunos meses más tarde, un joven gentilhomme fue asesinado cerca de la casa de Cervantes, en una de esas circunstancias misteriosas reproducidas tan a menudo en el curso de sus obras. Todos los habitantes de la casa, que es hoy el número 14 de la calle del Rastro, fueron molestados, y el alcalde llegó

a sospechar que la causa del asesinato podía muy bien ser alguna de las mujeres de la casa, la hermana de Cervantes, Magdalena, o bien su hija Isabel. Once inquilinos, entre ellos Cervantes y su familia, fueron encarcelados. Finalmente, los Cervantes fueron descartados del proceso y puestos en libertad.

La corte vuelve a Madrid en 1606. Cervantes está acabando su vida. Había casado en fin a Isabel, cuyo marido murió casi en seguida. Volvió a casarse en condiciones bastante complicadas, sobre todo por lo que concierne a la dote que garantizaba Cervantes, en donde surgieron confusiones y apuros. Ingresa en algunas cofradías piadosas, forma parte de una academia literaria, publica sus últimas obras: las *Novelas ejemplares* en 1613, el *Viaje al Parnaso* en 1614, las *Ocho comedias y ocho entremeses nuevos* y la segunda parte de *Don Quijote* en 1615. El 19 de abril de 1616, el mismo año en que murió Shakespeare, firma la dedicatoria, al conde de Lemos, de *Persiles y Segismunda*:

Aquellas coplas antiguas, que fueron en su tiempo celebradas, que comienzan:

"Puesto ya el pie en el estribo..."

quisiera yo no vinieran tan a pelo en esta mi epístola, porque casi con las mismas palabras la puedo comen. zar, diciendo:

*Puesto ya el pie en el estribo,
con las ansias de la muerte,
gran señor, esta te escribo.*

Ayer me dieron la extremaunción, y hoy escribo esta. El tiempo es breve, las ansias crecen, las esperanzas menguan...

Murió el 23 de abril y fue enterrado en el convento de las trinitarias descalzas de la calle de Cantarranas, hoy calle de Lope de Vega.

¿Qué había conocido de la gloria literaria? El teatro, en el que se obstinó, no le había reportado ningún éxito. Si se tienen en cuenta los testimonios que de él nos han dejado los escritores de su tiempo, parece, en conjunto, haber sido poco estimado. En la última parte de su vida, cuando publica sus obras maestras, no goza apenas de satisfacciones reales. Entre tanto su nombre se extiende, incluso en el extranjero, sobre todo en Francia donde imperaba la moda española. Se conoce el relato del licenciado Márquez Torres, en la aprobación de la segunda parte de Don Quijote: se encuentra con varios gen-

tilhombres del séquito del embajador francés, quienes, apenas la conversación recaída sobre Cervantes, se apresuran a interrogar. ¿Quién es ese hombre? ¿Qué edad tiene? ¿Cuál es su profesión? ¿Y el estado de su fortuna? Ante esta ferviente curiosidad el español baja la cabeza.

Me vi -dice- obligado a responder que era viejo, soldado, gentilhombre y pobre...

X. LA CULTURA DE CERVANTES

Se ha querido con frecuencia presentar a Cervantes como un "espíritu lego", pobre diablo ignorante que, de vez en cuando, cita a los buenos autores para hacer como todo el mundo, pero de los cuales él no conoce ni una letra. Sin duda, Cervantes no es un erudito ni un intelectual. Es el espíritu menos sistemático. Hay en él esa pasividad, esa impresionante riqueza de lo inconsciente que vemos, a menudo, constituir la esencia exclusiva del genio artístico. Unamuno ha llegado incluso a abolir totalmente el personaje Miguel de Cervantes Saavedra para animar con toda la plenitud de la vida el personaje Don Quijote y también el personaje Sancho. *Vida de Don Quijote y Sancho* es el título que dio a su magnífica exégesis del libro santo. Pero se trata de una tesis puramente lírica, sin pretensión objetiva y

que no adquiere su valor sino en relación con la doctrina del singular Unamuno. En realidad, Cervantes, lo mismo que Shakespeare o que Víctor Hugo o que cualquier otro creador, es mucho más consciente de lo que nosotros pensamos en lo que se refiere a las intenciones que descubrimos en su obra según la diversidad de los lectores y los siglos.

Estas intenciones están en Cervantes si no de un modo explícito para nuestras entendederas de hoy al menos claramente presumibles. Ante todo, es un hombre en pie que ha vivido la vida de su tiempo, que se ha fundido hasta la médula con la realidad de su tiempo. Las ideas y los sentimientos de su tiempo, los conflictos de su tiempo se encuentran reflejados en su obra. Y no solamente como impresiones experimentadas al azar, sino también como conceptos examinados y asimilados. Se puede pensar que no tuvo apenas tiempo de leer. Sin embargo, no carecía de cultura y más o menos directamente frecuentó las obras de Erasmo, Castiglione, León Hebreo, Juan de Valdés y algunos otros famosos humanistas o neoplatónicos. Leyó a los moralistas, y con toda seguridad al gran español Séneca. En fin, si se le lee de otra manera que buscando el modo de descubrir en sus obras las exactas fuentes librescas,

se puede tener de él la idea de un hombre inteligente y reflexivo, que ha gustado de los libros menos que de la vida, pero que no los ha ignorado y que, en fin de cuentas, como todos los hombres representativos, nos ofrece un vasto panorama de la filosofía de su época. Es preciso ante todo ver en Cervantes un hombre del Renacimiento, según la opinión común que tenemos del Renacimiento y según los personajes típicos y las obras que lo definen. Más tarde se podrá examinar la modulación especial que su vida personal, su experiencia profunda, su genio, sus creaciones han grabado en nuestra idea del Renacimiento.

Uno de los profesores más brillantes de la universidad española, Américo Castro, ha consagrado un libro importante a Cervantes, representante del Renacimiento: *El Pensamiento de Cervantes*⁴⁸. Entresacaremos de este libro sugestivas observaciones.

⁴⁸ Madrid, publicaciones de la *Revista de Filosofía Española*. Anejo VI, 1925.

XI. CERVANTES, HOMBRE DEL RENACIMIENTO

Es en el polo opuesto del Imperio español, entre los enemigos, en la patria de Till Eulenspiegel, donde iré a buscar una de las imágenes más características del espíritu del Renacimiento. Esta imagen nos la ofrecerá Pedro Bruegel, hombre del Renacimiento, filósofo naturista, gustador de los proverbios populares, en su obra *El país de la abundancia* que, entre todas las suyas, es aquella en que se afirma de la manera más espontánea este rasgo de los tiempos nuevos: la diversidad de perspectivas.

El hombre no está ya situado en el universo según una jerarquía revelada. Ha salido del orden. Ha puesto la mano sobre el planeta y le ha dado la vuelta. Su espíritu emancipado observa y experimenta los fenómenos. Y los cataloga según los crite-

rios de la razón y los resultados del experimento. Pero la razón es particular y el experimento limitado. He aquí que esta realidad mejor conocida se hace menos segura, gracias a un cambio singular. El hombre ha des-cubierto la naturaleza, pero también descubre su espíritu.

Y Dios, que constituía una ligazón fija entre una y otro, va desapareciendo.

El espíritu proyecta sobre esta naturaleza opiniones diversas. El libre pensamiento despierta, en cada cabeza, perspectivas infinitamente variadas. En El país de la abundancia no es un ojo único, situado en el centro de las cosas, quien contempla la redondez del globo, sino miradas dispares. Cada plano se inclina hacia un afán diferente. Y los seres extendidos allí o en pie, cada uno con sus dimensiones y su espacio propios, sueñan cada uno su sueño exclusivo. Sueños que se desarrollan fuera de los límites de los sueños vecinos; afanes contradictorios tendiendo su impaciencia hacia los mundos por conquistar; opiniones sobre estos mundos tan diversas y opuestas como es posible: todo esto, orquestado, constituirá ese nuevo medio de conocimiento, ese arte complejo y dúctil, incluso esa arma social que es

la novela y cuyo primer modelo nos es ofrecido por Cervantes.

La realidad cambia según las perspectivas. El espíritu crítico, liberado del peso de la revelación, empieza a examinar esta realidad cambiante, y su primer juicio, su primera afirmación es la duda. ¿A quién creer? ¿A don Quijote o a Sancho? ¿A los duques o al bachiller Sansón Carrasco? *Cada uno su verdad*, dirá más tarde Pirandello, y Américo Castro ha podido hablar del pirandellismo de Cervantes⁴⁹. La realidad se fragmenta así en múltiples ilusiones. Pero Cervantes mismo, ¿qué piensa de estos espejismos? A veces, una palabra deja entrever que sonrío y que sabe. Palabra murmurada en tono bajo, relámpago en la noche.

*De esta manera -confiesa Don Quijote a Sancho-, lo que a ti te parece una bacía de barbero me parece a mí el yelmo de Mambrino, y a cualquier otro le parecerá otra cosa*⁵⁰.

¿Es que Don Quijote enseña aquí la oreja? ¿Sabe a ciencia cierta que todo lo que vive y cuenta está hecho únicamente, como dice su contemporáneo

⁴⁹ V. *Santa Teresa y otros ensayos*, Madrid, "Historia Nueva", 1929.

⁵⁰ *Don Quijote*, I, XXV, ed. cit., pág. 185.

Próspero, con el tejido de sus sueños? ¿Cree realmente en las volubles extravagancias que declara haber visto en la cueva de Montesinos? Pero he aquí que Sancho, a su vez, parece descubrir que vivir, pensar, hablar, obrar, es mentir. Al regreso de su expedición celeste sobre el caballo encantado, cuenta mil sorprendentes maravillas. Una vez que ha terminado su relato y obtenido de la concurrencia el más vivo éxito, su señor se aproxima a él y le murmura por lo bajo, muy gravemente, sin apenas un parpadeo:

Sancho, ya que quieres que yo te crea lo que has visto en el cielo, yo quiero que tú me creas lo que digo que he visto en la cueva de Montesinos. Y no te digo más⁵¹.

He aquí, en fin, otra cosa desconcertante: en *Perisiles* un personaje, en el curso del relato de sus aventuras, cuenta cómo ha saltado, a caballo, desde una roca escarpada a un mar helado.

Duro se le hizo a Mauricio el terrible salto del caballo tan sin lesión; que quisiera él, por lo menos, que se hubiera quebrado tres o cuatro piernas, porque no dejara Periandro

⁵¹ *Don Quijote*, II, XLI, ed. cit., pág. 677.

*tan a la cortesía de los que le escuchaban la creencia de tan desaforado salto; pero el crédito que todos tenían de Periandro les hizo no pasar adelante con la duda...*⁵².

Observemos que este tono humorístico aparece en la obra más seria de Cervantes, es decir, aquella en que se abandona más enteramente a su demonio personal.

Por lo demás, ¿qué importa la opinión de los otros? La idea es poderosa. Y el Renacimiento se embriaga de esta potencia. Basta leer las abstracciones de los neoplatónicos para ver hasta qué arrebatos puede abandonarse la idea pura: los *Diálogos de amor*, de León Hebreo, o ese éxtasis sublime que en las últimas páginas de *El Cortegiano* pone Baltasar Castiglione en la voz del cardenal Bembo. La invención de Dulcinea y todas las adorables y enternecedoras divagaciones que, en torno de esta invención, ocupan a Don Quijote y Sancho Panza, serán la forma suprema y supremamente burlesca de esta metafísica. El tierno hidalgo sabe que Dulcinea no es más que una imagen. Su escudero, cándido y sagaz a un tiempo, lo sabe también. En cuanto a Miguel de Cervantes, conoce la extraordinaria fuerza que

⁵² Persiles y Segismunda, II, XX.

alienta en él; un demonio hemos dicho, y es en verdad una fuerza demoníaca. "Raro inventor", dice de sí mismo en su confesión del *Viaje al Parnaso*. "Yo - dice después-, yo que por la invención los sobrepaso a todos..." ¡Y cuántos rivales! ¡El dominio de la invención les era familiar a estos fecundos escritores del Siglo de Oro! Pero Cervantes está seguro de vencerlos a todos.

¡Oh, imaginación! -exclama en una de sus comedias⁵³- ¡imaginación, que alcanza las cosas más imposibles!

Cervantes hará un instrumento de esta imaginación que el Renacimiento, con su filosofía idealista, sus preceptos y sus fantasías ornamentales, supo utilizar tan maravillosamente como método de cultura.

Entre tanto, la vierte sobre el plano intelectual, en su crítica de la verdad. El mundo no es, pues, tal como se nos aparece. Cada uno lo ve a su manera. Cada uno, por otra parte, puede si quiere sustituirlo por apariencias más bellas y más puras. ¿Y quién tiene razón? Los locos, a menudo, son más sabios que los que se creen razonables. ¿Quién fue nunca más sabio y más humano y más noble que el loco

⁵³ Pedro de Urdemalas.

Don Quijote y que todos esos otros locos que pueblan la obra de Cervantes, persiguiendo cada uno su quimera, el licenciado Vidriera, que abunda en opiniones tan peregrinas sobre las gentes y las cosas, o esos enamorados a quienes la compañía de los humanos no puede ya aportar ninguna prueba de su error? Sin embargo, el error es a veces patente. Y la realidad opone a la ilusión una respuesta perentoria contra la cual resultan vanas las argucias de la imaginación y la locura. El error es culpable. El error es castigado. En fin de cuentas, los locos carecen de razón. Estos no reconstruirán según su capricho el universo. Y hay en ello una gran tristeza, la tristeza de la edad nueva, la que patentiza la *Melancholia* de Durero y resuena en los golpes y las burlas que llueven sobre el pobre Quijote y el pobre Sancho.

Todavía no ha llegado el tiempo en que, habituándose a la diversidad de las perspectivas, a esa fragmentación innumerable del mundo, el espíritu remontará su tristeza y encontrará en la diversidad algo de que regocijarse: entonces Leibniz reconciliará en una optimista armonía la oposición de los contrarios⁵⁴. Breve ilusión a la cual el sarcasmo de

⁵⁴ *Monadología*, § § 57 y 58: "Y del mismo modo que una ciudad mirada desde diferentes lados parece otra y es como multiplicada perspectiva-

Voltaire cortará las alas. Sarcasmo que, al final de la edad moderna y en vísperas de crisis y revoluciones, responde a la amargura cervantina, la de la primera mirada, el primer descubrimiento y la primera separación.

Sin embargo hay algo más que amargura en este momento auroral. No sólo hay mandobles a recibir en esta aventura en que se lanza el espíritu a través de las mil contradicciones de una naturaleza dividida. Sin llegar a la beata satisfacción leibniziana, se puede esperar que el abismo existente entre la idea y el objeto no sea eternamente infranqueable. Puede aparecer una identidad, una armonía. El Renacimiento descubre las petulantes potencias de lo ideal, pero también descubre los métodos para llegar a lo real, analizarlo y conocerlo por el experimento. Y una inmensa esperanza se eleva sobre los restos de la Edad Media aniquilada.

Una sabiduría modesta y reticente se impone cuando, como Erasmo y Montaigne, se sabe que no se sabe nada y que es preciso abstenerse estoica-

mente, así acontece que, por la multitud infinita de substancias simples, hay tantos diferentes universos que no son sin embargo más que las perspectivas de uno solo, según los diferentes puntos de vista de cada mónada. Y este es el medio de obtener tanta variedad como es posible, pero con el mayor orden que se pueda, es decir, es el medio de obtener toda la perfección que cabe".

mente. Pero la naturaleza no permanece siempre completamente sorda a nuestras preguntas. No es solamente la harpía indómita que responde con golpes a todo aquel que se le aproxima. Cuando esto ocurre, es que no se ha sabido escucharla. Los locos carecen de razón, hemos dicho. Para otros, sabios, la naturaleza puede aparecer como una liberal y suntuosa desposada. Ha reservado sus misterios a ciertos príncipes del Renacimiento, a ciertos amantes audaces, los grandes materialistas, los Giordano Bruno, los Rabelais. La escuchamos cantar su himno en sordina a través de la obra de Cervantes. Y este, entre Erasmo, Montaigne y Juan Jacobo, reanuda el tema de la edad de oro estropeada por la sociedad y la civilización. Don Quijote, bajo el follaje y tendiendo su puñado de bellotas, lo predica a los cabreiros. Existe un orden natural. Existe una armonía entre la naturaleza y el hombre. El hombre es "un mundo en miniatura", se dice en *Galatea*⁵⁵. Y por dos veces, en el mismo pasaje de la *Galatea* y en *Persiles*, la naturaleza es llamada "mayordomo de Dios"⁵⁶. Así, por su gusto de los amores bien correspondidos, conforme a la ley natural y no a la ley social, por

⁵⁵ *Galatea*, II.

⁵⁶ V. Américo Castro: *obra cit.*, pág. 157.

su gusto de la libertad del corazón, de la razón del corazón, por sus parejas que huyen y se refugian en las posadas de los caminos y en los sombrajes de las florestas, Cervantes anuncia a Molière y ese tema, alegre y reconfortante, que anima el teatro y la novela clásicos y que nos muestra a la juventud y al amor vengándose de la autoridad. En 1563 el Concilio de Trento prohibió los matrimonios clandestinos. Pero cada vez que se le presenta ocasión, Cervantes abandona las formalidades y celebra nupcias nocturnas en las que se cumple el deseo de la naturaleza.

Dadme, señor D. Rafael, la mano de ser mío, y veis aquí os la doy de ser vuestra, y sirvan de testigos los que vos decís, el cielo, la mar, las arenas y este silencio... Diciendo esto Leocadia se dejó abrazar, y le dio la mano, y D. Rafael le dio la suya, celebrando el nocturno y nuevo desposorio solas las lágrimas que el contento, a pesar de la pasada tristeza, sacaba de sus ojos⁵⁷.

Y en *Persiles*⁵⁸:

⁵⁷ *Las dos doncellas*, "Novelas ejemplares", ed. cit., pág. 141.

⁵⁸ III, XVII.

Dame esos brazos -respondió Ruperta-, y verás, señor, cómo este mi cuerpo no es fantástico y que el alma que en él te entrego es sencilla, pura y verdadera. Testigos fueron de estos abrazos y de las manos que por esposos se dieron, los criados de Croriano, que habían entrado con las luces. Triunfó aquella noche la blanda paz de esta dura guerra, volvióse el campo de la batalla en tálamo de desposorio... Amaneció el día, y halló a los recién desposados uno en los brazos del otro.

Admirable sueño, abandonado en los brazos de la madre naturaleza, de la cual se descubre entonces la profunda sabiduría y a la que se mira en fin con ojos tan curiosos como confiados. Todo lo que pertenece a ella tiene su lado bueno, incluso los proverbios que ensarta Sancho, con la desesperación de Don Quijote, pero en los cuales, en fin de cuentas, no es imposible descubrir excelentes verdades. Si hay en el perpetuo diálogo de Don Quijote y Sancho alguna cosa conmovedora, acaso no lo sea tanto la insensible buena voluntad que, poco a poco, despliega el realista Sancho dejándose seducir y ganar para la causa de lo absurdo, como la fraternal y leal humanidad con la cual Don Quijote se iguala a su

humilde escudero y comparte con él el tiempo, la pena y la palabra.

El lector que guarda en su memoria la gama de ideas y actitudes que ha cantado el Renacimiento, encontrará la resonancia de este canto a través de toda la obra de Cervantes.

La idea y la esperanza que la idea insufla a las potencias del espíritu, la desconfianza también y la ironía que suscita ante la relatividad de las opiniones y la realidad de las cosas; por otra parte, un ansia nueva y gozosa por la naturaleza, por el instinto, por el buen sentido, por la libertad: todo esto es a menudo evocado, analizado y puesto en juego en esta obra prodigiosamente viva. Y las contradicciones que suscitan confieren a Cervantes una extraordinaria ambigüedad. Con él se está perpetuamente en el equívoco.

El pensamiento cervantino -ha escrito Américo Castro-, *actúa como un inmenso péndulo*⁵⁹.

Es un pensamiento doble. Cervantes dice a la vez lo que es la verdad para Don Quijote y lo que es para la naturaleza. Y para él, oscila, como oscilaba la

⁵⁹ *Obra cit.*, pág. 61.

sociedad y el universo en este confuso período de ruina y aurora. ¿Cuál es exactamente su opinión sobre los grandes problemas de su tiempo? ¿La brujería, la licantropía, los milagros, la ortodoxia religiosa, la libertad de pensamiento, la expulsión de los moriscos? A todo ello hace alusión en su obra, y siempre se tiene la impresión de que su juicio se suspende entre la opinión vulgar u ortodoxa y una opinión más secreta, reticente, dubitativa, pero en la que siempre hay algo de humano y mesurado. Por ejemplo, da su consentimiento a la opinión oficial sobre la expulsión de los moriscos, pero nos muestra a éstos bajo un aspecto simpático y favorable. Por lo demás, cuando se sabe de algunas bromas inocentes que la Inquisición suprimió de su obra, se comprende que se mostrara prudente. Es aquí una hipérbole sobre las cuentas de un rosario, allá el cambio de arneses entre los asnos que es comparado a la *mutatio caparum* de dos obispos. El borrador de *El celoso extremeño* nos revela que, en su concepción primera, Carrizales era un cabal cornudo, conclusión conforme al curso ordinario de la implacable realidad. Pero fue preciso, para la publicación, atenuar este realismo, imaginar que el enamorado Loaysa no llega a triunfar sobre la virtud de la bella, se agota en

su lucha y acaba por dormirse, cosa que no dejará de parecer inverosímil, pero que sin duda es moral. Hemos dicho que el pensamiento de esta época se refugiaba en la hipocresía. Antes que Descartes, Cervantes ha llevado su máscara más o menos conscientemente. El viejo Mauricio de *Persiles*, que es a Cervantes lo que Próspero a Shakespeare, el mago, el sabio bajo cuya figura el poeta dice adiós a su fantasía, a sus facultades imaginativas, a sus genios alados, a sus encantamientos, Mauricio, en fin, al hacer el relato de su vida, nos declara tranquilamente:

*Seguí las costumbres de mi patria, a lo menos en cuanto a las que parecían ser niveladas con la razón, y en las que no, con apariencias fingidas mostraba seguirlas, que tal vez la disimulación es provechosa*⁶⁰.

Sin duda las páginas de Cervantes en que el juego crítico de la realidad y de la ilusión alcanza su más vertiginosa vivacidad son aquellas de la novela de *El curioso impertinente*, ensamblada en el *Quijote* y que, por la autoridad del relato y la profundidad psicológica, constituye una de las maravillas del arte universal.

⁶⁰ *Persiles y Segismunda*, I, XII.

Anselmo cree en la virtud absoluta de su mujer. Cree ciegamente. Esta virtud es para él artículo de fe. Pero una duda lo asalta. Esta virtud abstracta, esta virtud revelada, ¿resistirá el experimento? Y la duda se convierte en angustia. Es absolutamente preciso que un amigo, el mejor amigo, modelo y espejo de virtud, se preste a la prueba. El amigo resiste y se indigna. Pero Anselmo se obstina, hasta el punto de perder el sosiego del espíritu. Después de diversas peripecias se hace la prueba: la virtud de la mujer cede. Un engranaje de circunstancias arrastra la historia hacia un final trágico. Y entonces mil interrogaciones nos oprimen y nos aturden: si el experimento ha defraudado la creencia de Anselmo, ¿es, pues, que su mujer no era tan virtuosa como él creía? Y se puede asegurar, sin embargo, que cuando se casó con ella era la perfección misma y que si no hubiera intentado este desastroso experimento jamás el mal hubiese estallado. Debíó, pues, permanecer en su ilusión. ¿No era realmente más que una ilusión? Porque, en fin, la mujer debía llevar consigo su pecado virtual, su posibilidad de caída, y, por tanto, no podía ser esencialmente perfecta. En este dédalo de contradicciones es preciso alcanzar el pensamiento central de Cervantes, que es prudente, reservado,

esencialmente dialéctico. No existe la verdad absoluta y trascendental. La verdad es siempre relativa a una cierta realidad, a una condición, a una circunstancia, y se verifica por la vida. Pero no por un experimento artificialmente provocado. La experiencia verdadera, la verdad vivida consiste en una armonía frágil y preciosa, que conviene considerar con la más humana y más caritativa reverencia, pero más allá de la cual no se debe aventurar nadie.

Se comprende el entusiasmo que un arte tan complejo y tan sutil provocó entre los románticos alemanes. Pero estos idealistas no podían juzgarlo más que desde el plano exclusivamente intelectual, saboreando el juego de un espíritu soberano que se divierte con lo real y opone continuos espejismos al filisteísmo experimental.

Tieck, en su comentario de *El curioso impertinente*⁶¹, estima que Anselmo cae en la catástrofe porque ha querido "realizar el ideal" y en este esfuerzo "ha destruido el ideal mismo del tesoro moral". Yo no creo que Anselmo haya sido culpable, a los ojos de Cervantes, de haber querido realizar el ideal. Su siglo mismo le impulsaba en este sentido. No hay medio

⁶¹ *Kritische Schriften*, 1828. Citado por Castro, *obra cit.*, pág. 122. V. también J. J. A. Bertrand: *Cervantes et le romantisme allemand*, París, 1914.

de resistir a un tiempo que no se satisface ya con las categorías ideales del tiempo precedente y que quiere abarcar realidades palpables y verificables. Conviene intentar el experimento, pero saber también hasta qué punto es peligroso y no abordarlo sino con un corazón tranquilo y una sencilla y dulce confianza en la naturaleza y el porvenir. Ciertamente, la joven esposa de Anselmo no es una idea pura. Es un ser de carne. Pero conviene dejar a la vida el tiempo necesario para acostumbrarse a los días que pasan, a las tentaciones y a los errores que pueden producirse. El ideal y la realidad no se imponen brutalmente uno al otro. Una lenta armonía debe nacer de sus contactos recíprocos. La experiencia, aceptada, recibida, integrada, debe producir una nueva sabiduría.

XII. LAS NOVELAS DE CABALLERIA

Una sociedad que se hunde y se disuelve adquiere, en el espíritu, un aura de leyenda. De este modo, el feudalismo se convierte en fábula. Y en el corazón de los que han sufrido el cambio se despierta una nostalgia lacerante.

El soldado Cervantes, el héroe de Lepanto, el cautivo de Argel arrastra consigo la atracción de un tiempo en que las hazañas aparecen como una cosa gratuita, fantástica y arrebatadora.

Choca con una realidad atroz, y ningún encantador le hará salir de las prisiones donde se le encierra a causa de grotescos y mezquinos negocios.

La dialéctica de la historia quiere que sea precisamente un invento de los tiempos nuevos el que sirva para fijar e ilustrar la imagen quimérica de los tiempos crepusculares. ¡La imprenta! Da alas al espí-

ritu moderno, pero al mismo tiempo cristaliza el pasado bajo una forma tremante de nostalgias y voces seductoras. ¿En qué emplearán su pasión todos esos hombres que van a cambiar el pensamiento humano? En leer novelas de caballería. Escuchemos este fragmento del Diálogo de la lengua, del heresiarca Juan de Valdés.

MARCIO. -*¿Vos las habéis leído?*

VALDÉS. -*Seguramente.*

MARCIO. -*¿Todas?*

VALDÉS. -*Todas.*

MARCIO. -*¿Cómo es posible?*

VALDÉS. -*Durante diez años, los mejores de mi vida, que he despilfarrado en los palacios y las cortes, no me empleaba en ningún ejercicio más virtuoso que leer estas mentiras; y les encontraba tanto sabor que me devoraba las manos...⁶².*

Traduzco literalmente esta expresión española corriente, a fin de dejar al estilo de Valdés todo su acento apasionado. Es una cosa singular pensar en

⁶² Ver sobre las novelas de caballería en España: Marcelino Menéndez Pelayo: *Orígenes de la novela*, I, *Nueva Biblioteca de autores españoles*, Madrid, 1905, y Bonilla San Martín: *Libros de Caballerías*, I y II, misma colección, Madrid, 1907 y 1908.

este poderoso acuerdo entre un invento inesperado, hecho para cambiar el curso de las cosas, y la fuerza de un sentimiento regresivo, vuelto hacia un pasado ilusorio. La imprenta, antes de aplicarse a la realidad y transformarla, crea por encima de lo real una zona ideal donde todas las quimeras del corazón obtienen libre curso. Se desarrollan allí prestigiosas fantasías, y llevando consigo sus virtualidades, sus encadenamientos, sus consecuencias, se forma una lógica interior, una necesidad, un placer. Los ojos del corazón siguen esta alucinación y no pueden ya retroceder. La alucinación terminada, reclaman otra, y el sueño recomienza. La voluntad se duerme. Se trata de una verdadera fascinación, bastante parecida a la que produce en nuestros días ese otro invento prodigioso, ese lenguaje no menos devastador: el cinema.

La novela de caballería nace de una conjunción de fantasmas muy antiguos, fábulas milenarias, novelas bizantinas; con los restos, de más en más fragmentarios y reducidos a romances, de las novelas arturianas y los restos, igualmente disueltos en romances o transformados en prosa y en crónicas, de las grandes epopeyas carolingias. Y conviene observar, cosa que ha sido hecha por los historiadores de

la literatura española, especialmente por Menéndez y Pelayo⁶³, que entre estas dos grandes corrientes España se entrega sobre todo a la segunda, a la del ciclo carolingio. Se resiste a la *sustancia bretona*, salvo en Galicia y Portugal, países célticos de los cuales se han señalado con frecuencia todos los rasgos que les acercan a Bretaña. El mesianismo de Artús se funde aquí en el mito del rey Sebastián y de su futuro retorno. Por lo demás, según todas las probabilidades, es de la parte céltica y atlántica de la península de donde viene Amadís: los orígenes portugueses de esta novela son, en efecto, casi seguros.

Bonilla San Martín, confirmando la observación de Menéndez Pelayo, observa que en la biblioteca caballeresca de Don Quijote predomina el elemento carolingio sobre el bretón. O sea, lo vulgar sobre lo misterioso, lo artificial sobre lo viviente y lo simple sobre lo complejo. Indudablemente, el *Baladro del Sabio Merlín* no es desconocido para Don Quijote, quien lo cita. El ilustre mago aparece incluso entre las fantasmagorías más o menos bufas de las cuales es teatro propicio el castillo y el parque de los duques. Pero hay en la leyenda de Merlín extrañas y vivas inconsecuencias que resisten a esas simplifica-

⁶³ *Orígenes de la novela*, passim.

ciones que la imaginación fascinada busca en las historias de caballería. Para satisfacer el automatismo del espíritu se precisa una narración, sin duda enrevesada, pero muy elemental en sus líneas generales y fundada, en suma, en la oposición pueril y bien delimitada entre el bien y el mal. Fue por el bien contra el mal, por la cruz contra la media luna, por lo que Miguel de Cervantes combatió en Lepanto. Las poderosas complejidades de la política se oponen sin duda a este maniqueísmo rígido, y en esta tempestad de causas y efectos reales, el minúsculo personaje Cervantes significa bien poco, por muy héroe de caballería que él se creyera. Pero su imaginación se desquita con la pueril, abisal, encantadora y mágica quimera en que el bueno, puro e inocente caballero triunfa sobre las fuerzas malditas.

Este maniqueísmo aparece bien claro al comienzo de *El Baladro de Merlín*, cuya *Primera Parte de la Demanda del Santo Grial* empieza por un concilio de demonios organizándose contra el bien y creando a Merlín para oponerlo a Jesucristo. Pero bien pronto todo se hace turbio y ambiguo. Esta tradición bretona encierra secretos más profundos que la simple noción del bien y del mal. Intuímos, más allá del dualismo, esa idea de la unidad que aparece en el

fondo de las doctrinas esotéricas. Merlín no será, como hubiera podido esperar un espíritu superficial, una simple encarnación del mal sino una potencia equívoca y capaz, bajo sus múltiples disfraces, de practicar el bien a su manera. No nos sorprendería incluso que esa tradición simbólica que se llama la alquimia y que en varios aspectos, materiales y morales, entraña conflictos y luchas más complejos que el hierático concepto del bien y del mal, fuera expresada en ciertos pasajes del *Baladro*⁶⁴. Pero la imaginación de los lectores de novelas no tiene demasiada sed de estos secretos prohibidos. Prefiere la lucha elemental de los ángeles v los demonios, de las fuerzas milagrosamente socorridas y las fuerzas aplastadas gloriosamente: las dos milicias con que soñaba Ignacio de Loyola cuando, herido y extendido sobre su silla, leía novelas y entretenía su corazón en espera de hazañas futuras. Encuentro este mismo tema de la polémica jesuítica en el prólogo de *Palmerín de Inglaterra*.

⁶⁴ Así en los capítulos XLVI y siguientes, en donde nos encontramos la torre, la batalla de los dragones y otros símbolos alquímicos. "Sabe, se dice más lejos (cap. XLVIII), que el blanco resalta el bermejo, y sabe que hay en esto un gran trabajo y una gran significación..."

Y aunque algunos devoran pero desprecian estas historias de caballería, diciendo que son un mal ejemplo para aquellos que las leen, es preciso que aprendan, como dice el sabio, que hay en el mundo dos clases de milicia...

Carentes de sus elementos profundos, las novelas que conocerán el éxito son compilaciones abundantes por la materia y flacas por el espíritu, que satisfacen a una visión de las cosas muy simple y muy pueril: tales son las novelas que siguen a las de Palmerín y Amadís, o las elucubraciones de Feliciano de Silva, "el gran industrial literario" que Menéndez Pelayo compara con Alejandro Dumas padre. Aportan al ensueño un alimento fácil, un decorado tras el cual no se oculta ya ninguna significación mítica. El estilo es pomposo y formulario, como corresponde a una literatura mecánica, como será más tarde el estilo de los folletines o el melodrama, y en general, el estilo de toda literatura convencional, "standardizada" y hecha para la producción masiva y la vulgarización. El cuadro de la vida que nos ofrecen estas novelas es el de una solemnidad cotidiana, por antagónicas que estas palabras parezcan, pues lo cierto es que cada día es allí un día de fiesta situado

fuera del curso ordinario; todo son torneos, misas, festines, ritos y ceremonias.

El arte se sitúa entre este género vulgarizado y la novela de orígenes míticos, pesada de confusos secretos orgánicos, en la cima de dos vertientes, religión y mecanización, oscuro misterio colectivo y fácil moda colectiva. Existe una obra maestra de la novela de caballería. Una obra maestra del arte, es decir, una creación viva en la que el mito recibido y sufrido se esfuma, con su cortejo de viejos enigmas, y en donde, por otra parte, el espíritu no se abandona ya en la pendiente de las quimeras pasivas y comunes, sino que un genio personal y voluntario modela una materia dada, la configura, la delimita, la ornamenta, le confiere un orden y una armonía. Sin duda la masa, la comunidad de los hombres, se encontrará satisfecha en este orden y esta armonía, pero se verá obligada, sin embargo, a pasar por la fantasía individual del artista. Este libro es *Amadis*⁶⁵.

⁶⁵ "Se puede incluso pretender -escribe Menéndez Pelayo- que, en el orden cronológico, es la primera novela moderna, el primer ejemplo de narración larga en prosa, concebida y ejecutada como tal, puesto que los relatos del cielo bretón son poemas puestos en prosa, ampliados y degenerados. Son, por consecuencia, una derivación inmediata, una corrupción de los relatos épicos de los cuales conservan la objetividad y el fondo tradicional: he aquí por qué no aparecen aislados, sino agrupándose en vastos ciclos, entrelazándose y sosteniéndose mutuamente, formando todos juntos un mundo poético que no es la creación particular de nadie,

Amadís es uno de los grandes acontecimientos de la historia literaria universal, la síntesis, en una forma artística, y todavía no mecánica y vulgarizada, de todos los aspectos bajo los cuales una edad nueva sueña con la edad precedente. Pasaremos aquí por alto el problema de las primeras versiones de este libro, problema oscuro y del cual hemos indicado de pasada que parece resolverse en favor de Portugal. Nos atenderemos a la edición de 1508, al *Amadís* de Montalvo, que es la más antigua que poseemos, analizando su carácter de perfección artística, su estilo, su concepción del mundo, su brillo y su significación como fenómeno de cultura. Llamará particularmente nuestra atención esa apoteosis de Amadís que constituye, en el libro IV, la profecía de Urganda, que nos revela cómo el idealismo de la novela caballeresca alcanza el mismo delirio apasionado que el idealismo de los humanistas neoplatónicos. A este propósito, por lo demás, Menéndez Pelayo ha evocado a Vives y a Erasmo, los caballeros errantes del humanismo y de la vida moral. Se escuchará también

sino que ha surgido del contacto de dos razas, la francesa y la celta. A pesar del número prodigioso de aventuras y personajes que forman a veces un laberinto embrollado, la unidad orgánica es evidente, no ya en el sentido cíclico, sino en el de norma y ley interna que rige todos los accidentes de una fábula sabiamente combinada". (*Orígenes de la novela*, tomo I, págs. CCXXIII y CCXXIV.)

la resonancia que este discurso ha producido en el cerebro de Don Quijote. Don Quijote, hijo de la Edad Media, es también fruto del Renacimiento. Quiere resucitar a la primera; pero también aspira a una existencia nueva, de la cual él mismo será el artesano. Sabe que los caminos de la gloria son, al presente, numerosos. Sin duda concede la palma a las armas sobre las letras; pero su tiempo le enseña que éstas pueden constituir también un camino real. Y la vida pastoral, igualmente, es heroica y bella. ¡Cuántas veces Sancho y él han soñado con dejar plantados a los dragones y los combates para hacerse pastores y cantar romances! En esta regresión nostálgica hacia la caballería, lo que importa en el fondo es demostrar la potencia de la idea y cómo el hombre es creador de su propia gloria. De este tema de la gloria, con su atrasado gusto teológico y metafísico del más allá hará Unamuno uno de los motivos principales de su comentario. Pero escuchemos la profecía de Urganda:

Haz, pues, vida nueva y ten cuidado de gobernar más que de batallar como lo has hecho hasta aquí... Deja las armas para aquel a quien el juez supremo otorga las grandes victorias... Porque tus altos hechos de armas, tan renombrados

*en el mundo, quedarán muertos entre los suyos; así muchos ignorantes dirán que el hijo mata al padre, pero yo digo que no es de esa muerte natural a que estamos todos obligados, sino más bien de aquella que, pasando sobre los peores peligros y las peores angustias, gana una gloria tal que la gloria de los hombres del pasado se olvida, y si queda algo de ella, no es ni gloria ni renombre sino su sombra*⁶⁶.

Con Amadís y su idealismo, la novela de caballería llega a su cenit. Y se cristaliza una síntesis en donde los temas del pasado renacen en las ambiciones del presente. En seguida, los poetas se ponen a la obra y hacen de ello materia de arte. Es decir, que la ironía y la melancolía se mezclan, según el temperamento del artista: Ariosto o Tasso. Y según el humor de la fecha: jubilación del Renacimiento o lirismo contradictorio y decadente del barroco. El artista no cree ya en las fábulas: las utiliza, sea porque le divierten, o porque le consuelan.

El arte no es suficiente para el afán de Don Quijote. No es un contemplativo, un gozador, un "dilettante". Es un hombre, y un hombre lacerado. De este modo, su amor se inclina hacia las novelas pueriles y fabricadas más que a las obras de arte y a los poemas, más, también, que a los tenebrosos orá-

⁶⁶ *Amadís de Gaula*, IV parte, LII.

culos de los orígenes. Quiere embriagarse y aturdirse. Necesita ese desfile de fantasmas, esa realidad suculenta de las fábulas donde su espíritu crítico se adormece y su imaginación sonámbula encuentra pasto. Y su creador Cervantes vivirá toda una existencia -¡qué plena y agitada!- soñando con poder un día escribir a su vez una novela de caballería parecida a las demás. ¿Qué digo, parecida? ¡Mejor que todas ellas! Más fantástica, más extravagante.

Porque es cierto que Cervantes, con Don Quijote, ha escrito la sátira de las novelas de caballería. Pero en el fondo de su corazón él era, ante todo, un escritor de novelas de caballería. Solamente le faltaba el valor para escribir una. Y acaso también el tiempo. Porque es más fácil encontrar el tiempo para escribir la sátira de lo que se ama, es decir, para acomodarse a la vida. Pero confesar lo que se ama, es perderse. Es resignarse a no osar ya aparecer entre la irrisión de los hombres. Es divulgar su secreto, romper su propio corazón. Así, Cervantes no escribe su verdadero libro sino en la víspera de la muerte, y muere antes de haberlo publicado. "Puesto ya el pie en el estribo y en el corazón las ansias dela muerte..." Entonces revela su secreto: *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*.

Se ha hablado mucho en nuestro tiempo de escritura automática. Es en esta fascinante, delirante literatura de caballería donde la escritura automática puede tener más libre curso. Estas imaginaciones, como dice el canónigo en *Don Quijote*,

...ofrecen un campo largo y espacioso por el cual, sin ninguna traba, puede correr la pluma.

Y al mismo tiempo que deja, vertiginosamente, correr su pluma, Cervantes realiza sus aventuras. No aquellas que puede contemplar al término de su existencia real, incluso las hazañas de Lepanto y los presidios de Argel. Porque fueron seguidas de encarcelamientos en la Mancha y de innumerables y ridículas miserias. Sino las aventuras de los tiempos fabulosos, ahora acabados. ¿Acabados? Es Don Quijote quien se irrita y exaspera. Sí, acabados, puesto que los gigantes son molinos y el castillo una posada cuyo dueño exige el pago en moneda sonante. ¡Imposible! Don Quijote resucitará los tiempos, los hará revivir en su realidad, arrancará al pasado el desarrollo de esos tiempos, reemprenderá este desarrollo al revés, cumplirá ese milagro que, en nuestros días, vacilando él también, en el pliegue de

dos épocas, intentará otro sonámbulo y a cuyo intento llamará la rebusca del tiempo perdido.

Un autor del siglo XVII cuenta la anécdota siguiente que muestra con qué ardor lectores y lectoras gustaban de caballerías errantes y de aventuras de los tiempos idos:

Un gentilhombre, entrando en su casa, encuentra a su mujer, a sus hijas y a sus sirvientas en un mar de lágrimas. Sorprendido, pregunta con angustia si algún niño o pariente suyo ha muerto. Responden que no, en medio de suspiros. La confusión del hombre aumenta y exclama: ¿pero por qué lloráis? Le responden: señor, Amadís ha muerto⁶⁷.

Gustamos un sabor agridulce en las historias que muestran algún pasaje de una época totalmente diferente a otra. Así guardamos en la memoria el enigmático relato de ese marinero de la antigüedad que oyó anunciar la muerte del gran Pan. Don Quijote se arma de pies a cabeza, soñando recomenzar las hazañas cuya sombra quimérica le llama desde el fondo de las edades. Pero choca contra una edad nueva.

⁶⁷ Francisco de Portugal: *Arte de galantería*, 1670, cit. por Menéndez Pelayo: *Orígenes de la novela*, t. I, pág. CCXXXVI.

Amadís ha muerto, como murió el gran Pan. Aquellos tiempos se han perdido para siempre.

XIII. DESTINO

Al orden jerarquizado de una sociedad hecha de feudalismo y hermandades, sucede un mundo engrandecido, sin formas fijas y en el que el desarrollo del capitalismo permite la expansión de individualidades diversas. Del mismo modo que cada uno, en lo sucesivo, tendrá su perspectiva, cada uno también tiene su destino. Cada uno tiene su visión intelectual del mundo, y cada uno, también, descubre su manera de enfrentarse con ese mundo o de sufrirlo. Al caballero errante que parte hacia la guerra, las aventuras no le asaltan sino con arreglo a un ritual previsto. Don Quijote, en el capítulo XXI de la primera parte, con los ojos cerrados, hace el relato al embozado Sancho.

No lo pongas en duda, Sancho, es de esta manera y por los caminos que yo te he confiado, como los caballeros errantes alcanzan el rango de reyes y emperadores...⁶⁸.

Así también los personajes de la literatura de la Edad Media son, no individuos, sino tipos, a quienes se les ha trazado el camino de antemano. Hay el monje, y el mercader, y el ermitaño, y el santo. Sólo acaso Tristán -un celta- escapa a los moldes hechos, y su pasión, destructora del orden, es revolucionaria⁶⁹.

Ahora los hombres, lanzados violentamente fuera de sus marcos por la fuerza centrífuga, recorren un planeta del que saben que es vasto y móvil, y afrontan la realidad. La quimera nostálgica de Cervantes reconstruye aventuras de manera automática. Pero su experiencia personal le hace, por otra parte, crear el género de la novela en que los destinos diversos y contradictorios desempeñan su papel con y contra la realidad.

Para esta filosofía nueva, esta filosofía realista que trata de poner en pie, Cervantes tomará máximas a los estoicos, máximas repetidas a su vez por

⁶⁸ *Ed. cit.*, pág. 152.

los moralistas de la época, entre los cuales es una discusión tópica el hecho de saber hasta qué punto nosotros somos los obreros de nuestra fortuna. Este tema surge a menudo en Cervantes; y su acento, y lo que sabemos de su aventura personal, y también lo que por otra parte sabemos de la fuerza que ha tomado en él la tentación del pasado, todo esto presta a sus declaraciones un valor que no podría atribuirse a lo que, en otro, no sería más que un lugar común. Es aquí donde irradia el verdadero heroísmo de Cervantes, su *amor fati* y, al mismo tiempo, su fe en el hombre.

Que un moralista afirme que el hombre es obrero de su fortuna -*artífice de su ventura*, dice Don Quijote⁷⁰- es algo que no tiene significación más que según la calidad del que lo dice. Y cuando éste es Cervantes, genio esencialmente dialéctico, esta palabra toma toda su fuerza, todo su valor y toda su eficacia. Cervantes ha soñado abandonarse al movimiento adormecedor y sonambúlico del pasado. Pero también ha sufrido, también ha recibido los golpes de la suerte con paciencia y firmeza. Y enton-

⁶⁹ Véase con respecto a la significación de Tristán un libro curioso: Adrienne Sahuqué: *Les dogmes sexuels*, París, Alcan, 1932.

⁷⁰ II, LXVI, *ed. cit.*, pág. 827.

ces es preciso, con respetuosa atención, oírle pronunciar estas palabras del *Persiles*⁷¹:

Nosotros mismos fabricamos nuestro destino, y no hay alma que no sea capaz de elevarse a su sitio.

Y en el *Viaje al Parnaso*, que es, lo repito, su propia confesión y el sitio en que ha hablado de sí mismo con mayor libertad, le escuchamos contarse, confesarse poeta con todo lo que esta palabra encierra de pasiva resignación:

*Son hechos los poetas de una masa,
dulce, suave, correosa y tierna. . .*

.....

*Absorto en sus quimeras...
llorando guerras o cantando amores,
la vida como en sueño se les pasa,
o como suele el tiempo a jugadores . . .*

Es este soñador, este jugador, este poeta endeble y sin recursos, quien va a rodar a través de lo que se llamará en adelante el gran teatro del mundo, a pro-

⁷¹ II, XII.

clamar el mérito del hombre y a igualar a su voluntad las cosas, incluso si no ha podido dominarlas:

*Con mi corta fortuna no me ensaño,
Aunque por verme en pie, como me veo,
Y en tal lugar, pondero así mi daño...
Que tal vez suele un venturoso estado,
Cuando le niega sin razón la suerte,
Honrar más merecido, que alcanzado.*

Apolo toma entonces la palabra. Y he aquí un soberbio gesto español:

*...Tú mismo te has forjado tu ventura...
...Mas si quieres salir de tu querella,
Alegre, y no confuso, y consolado
Dobla tu capa y siéntate sobre ella...*

Una vez acabado el discurso de Apolo aparece la Poesía, toda rutilante con los colores de la primavera, y ofrece al pobre poeta los laureles del consuelo. Pero la poesía no es solamente consuelo, ilusoria compensación. Es expresión. Expresión de una experiencia vivida, expresión sublime y compartida que resuena en el corazón de los demás hombres y en

donde éstos encuentran también su propia aventura. Cervantes ha lanzado más allá de sí mismo sus deseos, pero los ha confrontado también con la realidad de la cual tuvo un conocimiento tan profundo. Su obra es la de un hombre cohibido y vagabundo, y está hecha de esta cohibición y este vagabundaje. El antiguo orden social se ha roto, y por tanto, también el orden religioso, el lazo que unía todo el sistema de los hombres y las cosas. El hombre nuevo se ve obligado entonces a interrogarse. "¿Ser o no ser?", se pregunta por boca de Hamlet. Cuando él formaba parte del sistema, no había lugar a plantearse la cuestión. Pero al presente, él es, por sí mismo. A menos que, en la imposibilidad de volver a engranarse en el sistema, caiga en la nada y deje de ser. Sin embargo, dejémosle ser. El es, ¿pero qué? Es un solitario. El hombre nuevo está solo⁷². Solo con su

⁷² He señalado en otro sitio ("Dos nocturnos de Cervantes", *Revue de París*, 15 de marzo de 1935) que este sentimiento de soledad, apareciendo con los tiempos modernos, era expresado en diversos lugares por el tema de la noche, tema que reaparecerá más tarde, en otro momento de crisis de la conciencia: el romanticismo. La noche desempeña en Cervantes un papel preponderante. La escoje como decoración de los momentos más angustiosos o más románticos de la aventura de sus héroes. De todos los "nocturnos" que jalonan la obra de Cervantes, quiero repetir aquí que el más bello, el más emocionante, el más musical es seguramente el comienzo del capítulo IX de la segunda parte del *Quijote*, que describe la entrada de éste en el Toboso, donde espera encontrar los palacios de Dulcinea y

destino, solo con el acondicionamiento particular que le liga a un mundo maltrecho y movedizo. Solo y pobre. Porque desde el momento que el hombre se ve obligado a plantearse la cuestión metafísica de su esencia, le es preciso salir de la metafísica y añadir un atributo a su verbo "ser". Un atributo físico, real, económico. ¿Qué es este hombre nuevo, este hombre moderno? Pobre y solo. Cuando Don Quijote se separa de Sancho y se encuentra en su habitación de invitado en casa de los duques, entonces más que nunca se siente pobre y solo⁷³.

¡Maravillosa conjunción -exclama aquí el glosador Unamuno- la que el historiador ha querido establecer así entre la soledad y la pobreza de Don Quijote! ¡Pobre y solo! Se puede todavía soportar la pobreza en la compañía, o la soledad en la riqueza, pero ¡pobre y solo!...⁷⁴.

Cervantes saca la sustancia de su obra de su pobreza y su soledad, de esa terrible realidad comprobada, vivida y combatida. Realismo, sí, pero no basta

donde, por consecuencia, se juega el todo por el todo y confronta su más lejano sueño con su más próxima realidad.

⁷³ II, XLIV, *ed. cit.*, pág. 689 y sig.

⁷⁴ *Vida de Don Quijote y Sancho*, Madrid, 1905, 2 ed., Madrid, Renacimiento, 1914, pág. 344.

con ver en esta palabra la fórmula de arte que consiste en observar la realidad del exterior. Realismo que implica una relación constante del poeta y de la realidad, un constante sumergirse del poeta en la realidad. Realismo lírico. Si no hubiera penetrado tan hondo en esta realidad, no habría puesto tanto ardor en evadirse de ella. La rehúsa, le opone sus quimeras, el retorno al pasado, las magias de la imaginación. Pero también se hunde en ella, porque están allí los alguaciles y los arqueros del Santo Oficio y los agentes del fisco y los magistrados y el bachiller Sansón Carrasco, con su buen sentido, y el cura, con su buena fe, y la sobrina, a la que es preciso alimentar, y ese punto que se suelta en la media usada del pobre hidalgo cuando se encuentra solo en el castillo de los ricos y exclama: "¡Oh pobreza, pobreza!". Su destino se une a otros destinos, a los de otros seres, cada uno con su figura propia; Sancho, el honrado, el bueno, el adorable Sancho, y Maritornes cuyo corazón es tan tierno como frágil. ¿Y quién más? Esos hombres que pasan, encadenados... ¿Quiénes son esos hombres? ¿Cuál es su destino? ¿No son oprimidos, ellos también, obligados, forzados? Sí, son forzados. *Gente forzada del rey.*

*¿Cómo, gentes forzadas del rey?, grita Don Quijote.
¿Es posible que el rey haga fuerza a nadie?*⁷⁵.

Si la conciencia de las trabas con que tropieza y su impulso naturalista no llevan aún a Cervantes al concepto de la justicia, al menos su obra es la primera, en la historia de la cultura moderna, que se ve atravesada por un soplo de simpatía universal. Y precisamente a causa de ese perpetuo sentimiento de la inmanencia del hombre en su destino. Incluso si ese destino no logra triunfar sobre las cosas, incluso si es un destino destrozado, es siempre el destino del hombre, un destino miserable acaso, pero jamás servil, un destino en que el hombre se reconoce y que está henchido de resistencia y dignidad. Si examinamos con Américo Castro la gama de las ideas por las cuales Cervantes se afirma como hombre nuevo, encontraremos en su teoría del error, aplicada no sólo al plano intelectual, sino al plano moral y práctico, al plano de lo que los marxistas llaman la *praxis*, que el error, la falta es una manifestación del hombre, integrada al hombre y que la pena le es inmanente. Del mismo modo la noción del honor, esta noción tan anclada en el primitivo sistema social y

⁷⁵ I, XXII, *ed. cit.*, pág. 154.

religioso español, observaremos que en Cervantes pierde su rigidez ritual y trascendental. Esta rigidez volverá a encontrarse cincuenta años más tarde en los dramas de Calderón, obras de un genio regresivo, reaccionario y decadente y que son como resurrecciones de la tragedia sacra, en todo su esplendor hierático y bárbaro. Pero Cervantes, una vez descartadas las reservas que exige de él su prudencia, y sin ver en él un pensador audaz ni un filósofo cuyas anticipaciones sobrepasan a su tiempo; dejándole, por el contrario, en su rango de hombre de su época, pero que expresa su experiencia temporal con un vigor supremo, Cervantes no se somete a ninguna instancia trascendental y no conoce otro conflicto que aquel en que entra el hombre impulsado por lo real y reaccionando ante lo real. Así en la noción del honor, noción mística, ve simplemente el sentimiento que un hombre se forja de su dignidad personal y del mérito de sus propias acciones. Por dondequiera Cervantes, desligado de supersticiones, sin fanfarronería ni aparato, incluso sin ninguna explicación teórica y sólo por la manera como nos comunica su experiencia, se manifiesta como el primero entre los modernos.

XIV. EL PÍCARO

Cervantes no habla, pues, de la justicia, ni de la piedad, ni de la revuelta. Sus máximas están tomadas de los moralistas cuya lectura era más o menos corriente. Pero hay en sus criaturas ese soplo de simpatía universal, esa prodigiosa animación, ese sentido virgen y fresco de la existencia, y también una debilidad irresistible por la independencia, un ansia de la vida descuidada que llevan gitanos y gitanas, amantes, pastores, locos, aventureros, ladrones y "balas perdidas".

Preciosa, la gitanilla, recorta su silueta frágil y danzarina, toca en su tamboril y lanza a los cuatro vientos de la libertad su gentil romance. Algunos años más tarde, otro vagabundo, Jacobo Callot, artista de trazo cervantino, buscará refugio a su vez contra la tristeza de los tiempos y los horrores de la

guerra en este amor por la vida bohemia. De aquí parte toda una tradición romántica: el mito bohemio, al cual no rehusaría añadir los nombres de Lenau, o de Liszt y que, en España, encuentra su forma clásica con el famoso, acaso demasiado famoso flamenquismo. El capricho, la nerviosidad imprevisible del gesto, la improvisación, el arte de tener una respuesta para todo, la indomable fantasía, la endiablada rebeldía, el canto profundo, *-cante jondo-*, el canto libre, el canto sostenido, todas las vibraciones, todos los excesos a que puede abandonarse el inalienable temperamento personal, y la marcha al sol, y el ojo perpetuamente embriagado ante un horizonte que huye perpetuamente; el andar errante, el alto al borde del riachuelo, la negación, la huída y la huída siempre y la respuesta y la santa indiferencia, todos estos temas los encontramos bosquejados en Cervantes. De toda esta música, es en Cervantes donde escuchamos el primer clarín.

Su naturalismo, su oposición a las trabas sociales, es doble como todos los otros sentimientos de este genio ambiguo. De una parte, sobre el plano intelectual, estalla la alegría de conocer, el descubrimiento de la realidad experimental, la participación en ese impulso que penetra las fuerzas ocultas de la

materia y bebe en sus principios. Pero también; sobre un plano ideal, aparece esa necesidad de evadirse de una realidad social desordenada, mezquina y atroz, necesidad de evasión parecida a la que lleva la imaginación de Cervantes hacia la nostalgia del pasado y hacia la novela de caballería, y que, al presente, le lleva hacia la novela pastoril.

La naturaleza es una nueva forma de conocimiento y una nueva forma de acción. Pero también es un refugio. Y así es como lo entiende Don Quijote y así es como lo entienden, en la obra cervantina, tantos lunáticos amantes. Ya hemos visto cómo los dos únicos personajes de la Edad Media que habían roto con las categorías y las normas del sistema medieval, Merlín y Tristán, han conocido ese estado de delirio salvaje, de rebelión anárquica, de soledad exasperada y de furor que se apodera del alma cuando, lejos de los conflictos humanos, encuentra el contacto de las rocas, de las fuentes, de los follajes. Han sido locos en el seno de los bosques, como lo son bajo el opulento Renacimiento, Orlando Furioso, Jacobo el Melancólico de *As you like it*, el solitario de Sierra Morena⁷⁶ y el propio Don Quijote, que, en esta misma sierra, se entrega a las extravagantes pe-

⁷⁶ *Don Quijote*, 1 parte, cap. XXIII y XXIV, passim.

nitencias que tienen consternado a Sancho⁷⁷. El naturalismo del Renacimiento se manifiesta aquí en temas literarios: la locura en el bosque, la edad de oro, el lirismo pastoril. Y la *Diana* de Montemayor, con sus orígenes portugueses, desempeña en este asunto el mismo papel que *Amadís*: es la suprema transcripción artística de estos temas.

Pero Cervantes ha conocido la realidad nueva de una manera más profunda, con una participación integral. Por su vida y por las partes más sanguíneas y más carnales de su obra, nos comunica una experiencia que es la gran experiencia de la España de aquel tiempo, la experiencia original de España: la experiencia picaresca.

Aquí no se expresa ya ninguna recurrencia, ninguna transposición sobre el plano espiritual. No se trata sino de un hombre mezclado a la realidad, y a una realidad terrible y dura, un hombre desasosegado que se defiende y saca de esta lucha y de esta viviente agonía una filosofía viviente, una expresión de vida. No escapa. No sueña. Está atrapado.

Miguel de Cervantes Saavedra no fue un pícaro. Pero en su lamentable carrera, la condición del pícaro pasa rozándole más o menos de cerca. Conoce la

⁷⁷ *Ibid.*, cap. XXV, passim.

sabiduría de los granujas. Ha vivido entre ellos. Los misterios de Sevilla no tienen secretos para él. Ha conocido la jerga de estas gentes, sus idas y venidas, sus trapicheos. Ha vivido largas horas en el patio de Monipodio.

Y una vez más, para comprender bien el genio de Cervantes, "raro inventor", es preciso mirar en torno suyo y considerar que, si ha inventado mucho, ha sido también un espejo prodigiosamente sensible de toda su época.

Lo picaresco, como lo caballeresco o el barroco, es un estilo de vida, una manera de pensar y sentir propia de la época y en la cual es preciso buscar los rasgos y los testimonios, fuera de Cervantes. Lo que hay de admirable en él, es el hecho de haber asociado en su obra todos estos modos diversos, sin olvidar uno, formando esa sinfonía extraordinariamente original y de un acento tan peculiar. Raro inventor es Cervantes, y también figura total de todo un siglo.

La moral picaresca, esta moral hecha, como ha observado Bonilla San Martín, con una mezcla de estoicismo y cinismo, tendremos que buscarla en un gran libro de aquel tiempo, *Guzmán de Alfarache*, de Mateo Alemán, cuya primera parte vio la luz en 1599.

"Yo, señor..." comienza Guzmán, y es con estas palabras como comienzan todas las novelas picarescas. Un hombre habla, cuenta su destino. ¡Y qué destino! ¡En qué mundo, se ve mezclado! No cabe hacerse ninguna ilusión sobre esta sociedad.

*Todos roban, todos mienten... No encontrarás a nadie que sea hombre con el hombre...*⁷⁸.

Ninguna literatura ha sido tan atrocemente lúcida ni tan deliberadamente pesimista como la picaresca.

Este camino recorre el mundo... Que nadie espere mejor tiempo, ni nadie se imagine que mejor fue el pasado... El primer padre ya fue desleal...

Evocamos de nuevo a Bruegel, porque el pícaro coincide con él, cuando habla de los peces: "Los grandes se comen a los chicos". En medio de este infierno no se trata sino de que cada cual siga su estrella, tirando como se pueda: imitar a los otros, dominarse, saber ser, como lo dice magníficamente el pícaro, "usufructuario de su vida". He aquí la lección que la realidad, esa potencia formidable y nue-

⁷⁸ Guzmán de Alfarache, 1, 2, 4.

va, enseña al hombre. Sé -le dice- usufructuario de tu vida, la cual no nos llega de una providencia trascendental, de una providencia cuyos designios prosiguen un fin siquiera conocible. Tu vida no depende más que de las circunstancias. Arráncala a las circunstancias o entiéndete con ellas, colabora con ellas. Lo real y tú. El mundo y tú. Estáis solos. Entre tanto, ¡vivan el mundo y tú! ¡Viva el mundo y yo! dice el granuja. Es el grito que lanzará más tarde Rastignac, otro héroe de novela, salido del seno de una sociedad igualmente en vías de descomposición. El granuja del siglo XVI no pretende más que ir viviendo. Con comer le basta. Evitar la cuerda, sobre todo. Por lo demás, está contento. No trabaja, canta seguidillas, se ocupa aquí y allá en algunas operaciones *non sanctas*.

Señor -pregunta cortesmente Rinconete al mozo de cuerda que ha conocido en el mercado de Sevilla-, *¿Será vuesa merced un ladrón? - Sí, para servir a Dios y a las buenas gentes...⁷⁹*.

Es con una especie de piadosa resignación como hay que aceptar todas las necesidades de esta exis-

⁷⁹ *Rinconete y Cortadillo*, "Novelas ejemplares", ed. cit., pág. 147.

tencia azarosa, maravillosa también, porque comporta una inmensa felicidad "Gozar de libertad, vivir contentos..." Así empieza un soneto de aquel tiempo titulado: "Descripción de la vida del pícaro pobre"⁸⁰. ¡Y cómo comprende Cervantes a esos estudiantes de su novela *La ilustre fregona* que, en vez de ir a estudiar a Salamanca como sus padres les exigen, dejan plantado en el camino al preceptor, vuelven la rienda y se dirigen a ese mundo encantador que extendía entonces sus redes sobre toda España y del cual Cervantes nos ha dibujado el mapa!

¡Oh, pícaros de cocina, sucios, gordos y lucios: pobres fingidos, tullidos falsos, cicateruelos de Zocodover y de la plaza de Madrid, ampulosos rezadores, esportilleros de Sevilla, mandilejos del hampa, con toda la caterva innumerable que se encierra debajo de este nombre pícaro! Bajad el toldo, amainar el brío, no os llaméis pícaros si no habéis pasado dos cursos en la academia de la pesca de los atunes; allí, allí está en su centro el trabajo junto con la poltronería; allí está la suciedad limpia, la gordura rolliza, la hambre pronta, la hartura abundante, sin disfraz el vicio, el juego siempre, las pendencies por momentos, las muertes por puntos, las pullas a cada paso, los bailes como en bodas, las seguidillas como en estampa, los

⁸⁰ Damón de Henares: Testamento del pícaro pobre.

*romances con estribos, la poesía sin acciones; allí se canta, allí se reniega, acullá se riñe, acá se juega, y por todo se hurta; allí campea la libertad y luce el trabajo; allí van o envían muchos padres principales a buscar a sus hijos, y los hallan; y tanto sienten ser sacados de aquella vida, como si los llevaran a la muerte*⁸¹.

Bajo la pluma de Cervantes el infierno en que está hundido Guzmán de Alfarache se convierte en un paraíso. En el fondo de la realidad cruda, allí donde la sociedad despliega sus prácticas más voraces e implacables, aparece un nuevo refugio.

La edad de oro que Cervantes proyectaba en el ideal pastoril, el sueño caballeresco, las ilusiones heroicas, todo esto vuelve a encontrarse, pero asegurado esta vez, posible y verdaderamente libre en la vida picaresca. Allí reina, en fin, el orden y la armonía y una ley justa y humana. De la cueva de Montesinos pasamos al patio de Monipodio, y alcanzamos la felicidad. ¿Se burla Cervantes? ¿Es ello un sarcasmo?

¿Una nueva forma de ironía y ambigüedad?

¡Pero qué bien se pasa en el patio de Monipodio!
¡Qué dulces son allí las costumbres bajo algunas apa-

⁸¹ *La ilustre Fregona*, "Novelas ejemplares", ed. cit., págs. 50-51.

riencias sin duda un poco violentas...! Allí todo se arregla. El alguacil se pone de acuerdo con los ladrones. Y después de todo, los principios, los códigos, los resabios de honor, las supersticiones, todo esto que toma estado entre los malandrines vale tanto como las máximas y las costumbres sobre que se funda la sociedad de las gentes honradas. Siempre el relativismo de las cosas: conocemos el tema, es uno de los más famosos de la ironía crítica del Renacimiento, pero en la boca de oro de Miguel de Cervantes cobra un sabor y una vida extraordinarios. En todo caso llegaremos al final de la experiencia dialéctica que habíamos emprendido cerca de este inagotable compañero. El ideal, la ilusión, el sueño sonambúlico, el sueño despierto, el romance pastoril, son rechazados, abolidos. Sombras, humos. Cervantes es un hombre pobre, muy pobre y muy solo, frente a una realidad terrible que le arrastra de cárcel en cárcel, con su familia, sus preocupaciones mezquinas, sus dificultades y apuros, sus eternas historias de ducados y maravedíes. Los alojamientos miserables, las comedias truncadas, las solicitudes sin respuesta, la existencia vergonzosa, triste mundo este mundo nuevo que otros han saludado con tanta alegría y que anunciaba el conocimiento del planeta,

del cuerpo humano, de la materia, de la vida, y la emancipación del pensamiento; el reinado de la naturaleza y de la razón. Triste mundo, más triste todavía cuando se penetra en el fondo de las capas inferiores de la sociedad, entre aquellos que no tienen nada, excepto su ingenio y su falta de escrúpulos. Sí, las ilusiones están muertas. ¿Qué podría hacer Amadís en el infame patio de Monipodio? Y sin embargo, en el corazón de esta real realidad, la imaginación se despierta todavía y, con una sonrisa, se dispone a soñar: bueno, si el ideal caballeresco no es ya posible, queda el ideal picaresco, la edad de oro de los aventureros y los mendigos...

XV. GENIO DE CERVANTES

Abro *Don Quijote* al azar, tropiezo con un punto cualquiera del diálogo de Don Quijote y Sancho, escucho sus voces, veo sus gestos y sus rostros. Sería poco decir que este libro es viviente, evocador y sugestivo. Por mi parte, sé que conozco a Don Quijote y Sancho desde siempre y que los conoceré hasta la muerte. Me parece que ninguno de los seres que me acompañen durante este tiempo dirá jamás a mi oído propósitos tan llenos de gentileza y humanidad.

Las cosas que suscita Cervantes no son menos verdaderas ni menos bellas que las de su hidalgo y su escudero. Los caminos, los muros, las arboledas, el sol y la noche, España, en fin, cuando Cervantes los nombra o los pinta, entran por todos nuestros sentidos y los dominan. Los animales también tienen su fisonomía y su presencia. Por todo esto, se puede

decir de Cervantes que fue un artista extraordinario, el más grande artista, con Velázquez, que ha producido su país. No un pensador, un filósofo, un místico, un hombre unilateral, arrastrado por su especulación, desequilibrado por ésta y resbalando muy lejos para construir, fuera de sí, cosas muy extrañas. No, sino un artista. Ciertamente era, como él se vanagloriaba, un raro inventor, que por la imaginación sobrepasaba a todos sus colegas del Parnaso. Pero esta imaginación, poseída de lo real, combinaba formas verdaderas, situaba objetos sólidos en un aire amplio y azul como el que debía pintar más tarde, en Madrid, el gran pintor andaluz; en fin, hacía hablar a seres humanos con otros seres humanos. Y todo esto a través del oficio más seguro y más sabio, como poeta que conoce las exquisiteces del lenguaje, la propiedad de los términos, la elegancia de los ritmos y de las estructuras, la masa y el relieve de una palabra; bien situada, el vocablo que ilumina o ensombrece, que roza la epidermis del lector, que suena en su oído, se transforma en su boca, se repliega y se incrusta en su memoria.

Cervantes poseía esta ciencia y la empleaba con una destreza única. En él no hay nada superfluo. Se expresa con gravedad, solemnidad, redundancia, a la

española. Y jamás molesta esta redundancia, como sucede a veces con algunos autores españoles. Un misterio de economía hace que nunca resulte inútil. Nada, repito, es gratuito ni superfluo en Cervantes, ni siquiera el lujo. Porque el lujo de su frase es un elemento de contraste y, por tanto, de efecto cómico. Siempre esta dualidad orgánica, íntima, admirable de su espíritu. Así el lenguaje de Cervantes es siempre bello, a veces incluso demasiado bello... Y es en este mismo exceso donde reside la intención secreta: es preciso entonces velar, seguir atentamente el meandro de la frase y, en fin, por así decirlo, escuchar con todo el oído el registro de órgano.

Un gran artista se manifiesta exigiendo de este modo una constante vigilancia. Con un gran artista es preciso prestar siempre atención. Porque si emplea cierta palabra, es que así lo ha querido. Y si se trata de una forma, es porque la ha encontrado bella. Y si habla de una cosa, es que esta cosa es necesaria y significativa.

Nada más deleitante, que la armonía y la plenitud de una frase cervantina. Leer, en el texto español, en alta voz, la descripción de los ejércitos que Don Quijote, desde lo alto de un montículo ve ali-

nearse en la llanura en lugar de los rebaños de ovejas, es procurarse uno de los más altos placeres oratorios y musicales de que es posible gozar⁸².

Hablo del placer musical que proporciona Cervantes. Es preciso, en efecto, subrayar que este "plasticista" evocador de objetos concretos, de figuras y de paisajes, este hermano mayor de Velázquez, es también un músico cuya obra presenta una estructura totalmente musical, con sus largas frases en las que el *tempo*, según las circunstancias, se abre majestuosamente o se precipita. Y cuando, en los intermedios pastorales, la efusión lírica se une a no sé qué simetrías de "ballet" o de ópera, los personajes se anuncian en principio por su voz cantando una romanza. Aquí, Cervantes se nivela con Shakespeare, ¿y no son completamente shakespearianas estas palabras de Sancho a la duquesa que, en el bosque, se extraña de oír un insólito rumor de orquesta?:

*Señora, allí donde hay música, no puede haber cosa mala*⁸³.

⁸² Véase *Don Quijote*, I, XVIII.

⁸³ II, XXXIV, *ed. cit.*, pág. 644.

Como hay siempre música en Cervantes, jamás se podría descubrir en su obra cosa mala. Incluso cuando el pobre hombre se queja de la vida, lo hace sin amargura y sin odio. Su sonrisa es la sonrisa de la inteligencia, pero que se detiene al borde sarcástico de la mordacidad, en ese límite que, en el dominio picaresco, franqueará el hiriente y terrible Quevedo. Las vomitonas, las basuras, todo ese magnífico color de bilis y excrementos que emplea en sus pinturas la España satírica, encuentran sitio en él, pero un sitio mesurado, y por ello nunca repelen. Es cómico, es verdadero, es familiar, es valiente, es maestro en ironía e incluso en cinismo, y al mismo tiempo, cubre todo su universo, con un velo de pudor exquisito. Le tengo por un hombre de mejor compañía que Rabelais, Montaigne y Shakespeare, más gentilhomme, sí, más gentilhomme, más elegante, noble, discreto en el sentido que se daba a esta palabra en el castellano de aquel tiempo -*discreto*- y que implica todas las delicadezas del corazón y del juicio. Y esta gentilhombría le permite, sin ridículo alguno, mostrarse bueno. Bueno hasta la perfección. La bondad de Cervantes es el rasgo que impresiona en él más vivamente. Una bondad fraternal, evangélica y de la cual no hay uno solo de sus personajes que no esté

tocado. Es buena Maritornes cuando lleva una escudilla de agua a Sancho manteado. Y Sancho es divinamente bueno cuando llora por su rucio. Tras los egoísmos, los intereses, las pasiones, se despierta siempre una posibilidad de caridad. No es que Cervantes sea cándido. Conoce a los malvados y a los ingratos. Tan pronto como Don Quijote vuelve la espalda, el desalmado labrador vuelve, no obstante la palabra dada, a azotar a su víctima⁸⁴. Y los galeotes liberados lapidan a su salvador⁸⁵.

Pero no por ello deja Cervantes de conservar su tono, en modo alguno desengañado, sino lleno de confianza, en los recursos de la simpatía universal y en la influencia de las potencias del corazón.

Don Quijote vuelve a emprender su incontenible carrera, ofreciendo de nuevo a quien quiere oírle la enseñanza de su dulce y loca sabiduría.

En un siglo que fue de oro, pero también de sangre, Cervantes ignoró, hasta un extremo impresionante, la violencia, la venganza, los placeres de la dominación y la crueldad.

⁸⁴ I, XXXI, *ed. cit.* págs. 249 y siguientes.

⁸⁵ I, XXII, *ed. cit.*, pág. 162.

XVI. CERVANTES Y NOSOTROS

Nada puede impedir al alma deliciosa de Cervantes soñar, incluso en los momentos de más negra miseria. Es el primer hombre que ha descubierto la realidad y guarda de este choque un quebrantamiento total. Todos los golpes que muelen constantemente la huesuda figura de Don Quijote resuenan en él. Por todas partes se ve golpeado. Cuando en la noche vagabundea por el Toboso, buscando los palacios de la incomparable Dulcinea, creemos ver esta gran figura de espantapájaros, demasiado grande para las cochiqueras y los establos de la aldea, tropezar con una muralla. "Con la Iglesia hemos topado, Sancho..."⁸⁶. A veces, Cervantes choca con la Iglesia, el Santo Oficio y sus arqueros, la ley social, la autoridad, la riqueza, el egoísmo, la in-

⁸⁶ II, IX, *ed. cit.*, pág. 480.

comprensión, el mundo real. Y sus sueños no son ya de este mundo. Otros soñadores vendrán.

Cervantes no mira al porvenir. Permanece en su presente, pero este presente lo encarna con una integridad y una vida prodigiosa. Es por esto que su experiencia es ejemplar y revolucionaria, y continúa siendo un perpetuo objeto de meditación, y será perpetuamente revivida. A cada instante pone ante nosotros una realidad, después opone a esta realidad un sueño, una queja, un suspiro, una sonrisa. La realidad le arrastra, sin duda, pero las cosas permanecen en su estado. Otros dialécticos nos enseñarán a sacar de estos juegos una norma de conducta.

Cervantes muere, extenuado, agotando en *Persiles* su sueño supremo y su arte fantástico. Un año antes había hecho morir a Don Quijote después de haberle despertado. Don Quijote muere decepcionado, vuelto a lo real, pero a lo real de su cura y de su sobrina, a lo real del bachiller Sansón Carrasco. Muere resignado.

Sin embargo, es en la experiencia de lo real, llevado hasta el último extremo, y acompañado, no de un sueño regresivo e insensato, sino de un sueño vuelto hacia el porvenir, donde reside el secreto de toda vida y todo renacimiento. El hecho de que la

idea tenga sus poderes, es algo que puede inspirar una sana confianza. Y la idea de Don Quijote, que es tan generosa y tan noble, puede emplearse con eficacia. Sobre todo, cuando esta ley personal y este capricho de un loco sublime se unen al instinto de un rústico. Porque es el propio Sancho, el campesino humilde y práctico, quien ha aceptado seguir al loco y plegarse a su fantasía. Y a veces incluso el pobre hombre se espanta de las audacias de esta fantasía:

*¿Qué demonio lleváis en el corazón, que os incita a ir contra nuestra fe católica?*⁸⁷.

Este demonio es el que ha impulsado a Don Quijote a librar a los galeotes de sus cadenas. Un día, Sancho no preguntará ya cuál es este demonio. Y el mismo Don Quijote, habrá comprendido cómo se llama.

*

La cultura es, precisamente, a través de los tiempos, esa colaboración de las expresiones y las inten-

⁸⁷ I, LII, *ed. cit.*, pág. 415.

ciones que, sin solicitar los textos, pero tomando los más ilustres de entre ellos en toda la viva riqueza de su contenido, establece un claro diálogo entre la situación presente y la situación pasada. La angustia de Don Quijote ofrece una respuesta a nuestra angustia: podemos, sin falsear su lenguaje, prestar a éste ciertas significaciones de nuestro vocabulario, del mismo modo que él presta al nuestro algunas inflexiones de sus nobles sentencias. Compárese la constelación bajo la cual él nació, vivió y obró con los signos que hacen los astros de nuestro siglo, y bien pronto el espíritu ilumina los itinerarios recorridos, reconstruye los caminos que, en el aire, fueron signos del destino de nuestra especie y presagios de su porvenir. Pero para que este acuerdo de las generaciones sea posible, es preciso que los textos y las aventuras tomados en cuenta sean de la calidad de Cervantes y de sus obras, de Don Quijote y de su historia. Para que nosotros podamos alimentarnos con la energía de un recuerdo excepcional, es preciso que éste haya sido enormemente vivo, es decir, que se haya visto comprometido, con una lucidez especialmente dramática, en los conflictos y las luchas de lo real, y que haya llevado al colmo su resistencia y su poder de afirmación. Y que haya sabido

grabar esta resistencia y esta afirmación en un monumento orgánico y total, donde todas las partes se sostienen y donde todas vibran y hablan.

Algunos de estos grandes hombres han expresado la dialéctica de su época de manera teórica y como dejándonos consignas utilizables bastante cómodamente para el porvenir: son los moralistas o los filósofos, que permanecieron al margen de la acción, y que criticaron directamente las ideas y derrocaron a los dioses. Pero como las ideas y los dioses son fácilmente reconocibles bajo los distintos aspectos que adoptan para renacer en el curso de los tiempos, las consignas de estos espléndidos gladiadores de la historia, pueden ser utilizadas por los equipos nuevos sin que apenas cambie nada en la forma ni en el contenido. Es fácil señalar lo que continúa habiendo de excitante, de vivaz y revolucionario en Lucrecio, en Voltaire o en Marx. La cosa es más sutil con los artistas, en los cuales no basta transmitirse tal fórmula agresivamente explícita, sino que es preciso, para recibir su virtud, revivir la pasión entera, comer la carne y beber la sangre.

Ahora bien, Cervantes, eco sonoro de una época especialmente crítica, fue especialmente artista, prodigiosamente artista. Y para seguirle en una aventura

de la que no saca ninguna fórmula general, limitándose a vivirla -¡pero con qué potencia de transcripción, con qué intensidad trágica, con qué plenitud en la experiencia de los acontecimientos y en el conocer las cosas y los seres!- para seguir a Cervantes es necesario desplegar toda la simpatía y todo el desinterés que, como ofrendas ardientes, son debidos a los grandes artistas. Así recibiremos, en cambio, el fortificante beneficio de nuestra admiración. Porque sentiremos despertarse en nuestro corazón un nuevo ser, maravilloso, henchido de los más delicados y refinados elementos que pueden constituir una naturaleza humana.

Los españoles emplean una palabra encantadora para decir de una persona que tiene gracia. Dicen: "tener ángel". Es una especie de gentileza espiritual y viva, ingenua y advertida a la vez, y a cuyo encanto no es posible resistir. Cervantes tiene ángel. Es una naturaleza angélica, y no en abstracto, a la manera de esas criaturas intachadas que jamás se mancharían en el arroyo una pluma del ala. Su condición angelical es tan pura precisamente porque ha sido probada. Es un "angelismo" bien templado, con los ojos muy abiertos. Nada es ajeno a la conciencia lúcida de Cervantes. Cuando se ha pasado por los presidios de

Argel y las cárceles de Castilla y Andalucía, no se ignora nada. Se puede ser un ángel sin ser un niño, ni un capuchino, ni un hombre doméstico. Ahora bien, conservar después de semejante experiencia un alma tan luminosa y tan fecunda, es un prodigio por el cual no estaremos nunca bastante agradecidos. Es preciso amar a Cervantes, es preciso amar a Don Quijote y a Sancho Panza, es preciso acompañarles a los tres a través de sus vicisitudes. Han sido y serán eternamente los mejores y más humanos entre los hombres.